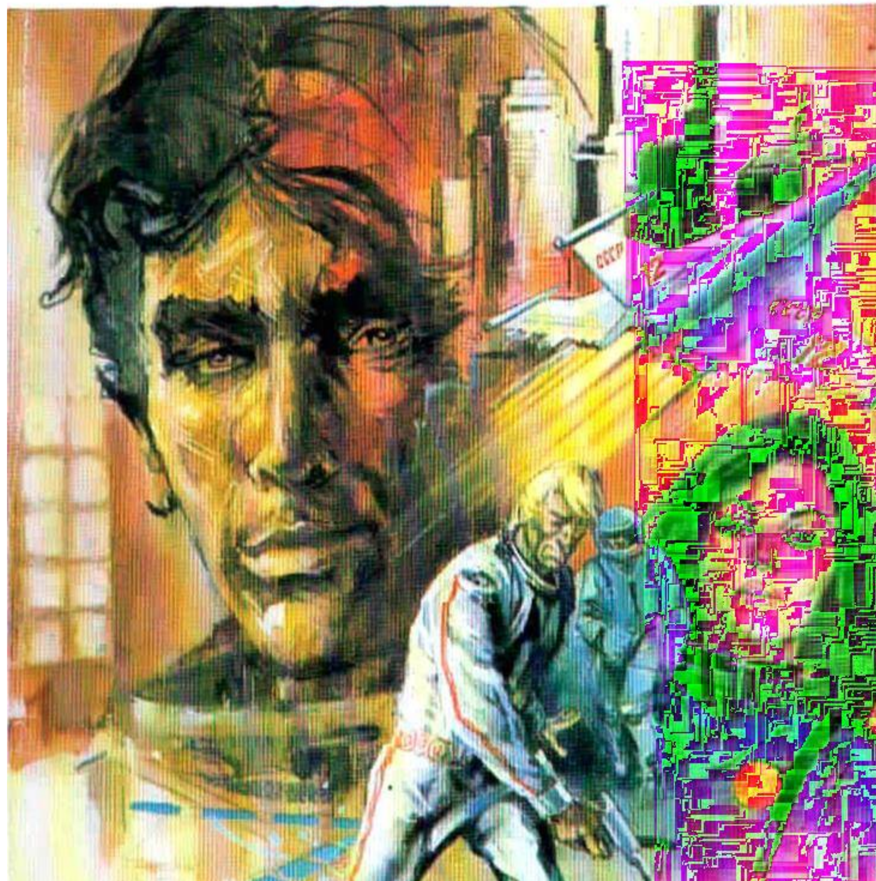
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

LOS ROBOTS NO SON HUMANOS

Glenn Parrish

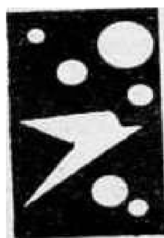
CIENCIA FICCION



GLENN PARRISH

LOS ROBOTS NO SON HUMANOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 605
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 323-1982

Impreso en España - Printed in Spain
1. ª edición: marzo. 1982
1. ª edición en América: septiembre. 1982

Concedidos
derechos
exclusivos a
favor de
EDITORIAL
BRUGUERA,
S. A. Camps
y Fabrés, 5.
Barcelona
(España)

personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos
de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152,
Km 21,650) Barcelona -
1982

CAPÍTULO PRIMERO

La figura del juez, revestido de su toga negra, rebosaba solemnidad. Sus ojos eran fríos, inexpresivos, y sus manos, sobre la mesa del estrado del tribunal, permanecían inmóviles, lo mismo que el mazo que sujetaba con la derecha. El acusado, flanqueado por dos guardias, permanecía en pie frente al juez.

Había muy poca gente en la sala donde se iba a administrar justicia. Una cámara de televisión registraba la noticia, que sería divulgada más tarde en todas las pantallas del planeta.

El acusado no tenía defensor. Tampoco había fiscal.

Cometido el delito, había sido detenido. Los agentes de la autoridad que realizaron el arresto redactaron un informe. El acusado declaró a su vez. Tanto el informe como la declaración fueron introducidos en una máquina, en cuyo interior habían sido adecuadamente sometidos a un proceso de investigación, después de lo cual, la máquina había emitido su veredicto.

La sentencia, sin embargo, debía ser pronunciada por el juez. Era lo reglamentario. Adam Drey asistía al juicio.

Había algunos espectadores más, uno de los cuales era una mujer joven, hermosa, de larga cabellera oscura, vestida con sencillez. La joven se to- caba con una larga túnica, apenas visible por el manto con que cubría su bien formado cuerpo. Sobre el seno izquierdo se veía brillar la gran estrella de oro, símbolo de su cargo.

Era Eva Sharkan, delegado imperial en la Tierra. Su cargo no le autorizaba a intervenir en los asuntos internos del planeta. Si había acudido al juicio, era más por curiosidad que por obligación.

Otros espectadores eran de aspecto tan impasible como el juez y los guardias que custodiaban al acusado. En ninguno de ellos podía verse la menor señal de emoción, ni a favor ni en contra del acusado.

El silencio era absoluto. De pronto, sonó la voz del juez:

—Erno Kalahy, acusado de homicidio en la persona de Traghor E-44-F, ha sido reconocido culpable del delito que se le imputa. Antes de que este tribunal dicte sentencia, ¿tiene algo que alegar?

Kalahy se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, tengo algo que decir —contestó con voz temblorosa—, No me reconozco culpable del delito que se me imputa, porque el homicidio sólo es tal cuando se mata a una persona. Y yo lo que hice fue destruir una máquina, no matar a un ser humano. Por tanto, me considero inocente de homicidio y, en todo caso, admitiría la culpabilidad en lo referente a la destrucción de un objeto inanimado.

—¿Inanimado? —tronó el juez—, ¿Llama inanimado a un ser perfectísimo, un portento de la ciencia, una maravilla de la civilización actual en el siglo XXXIV? Era un ser

como los guardias que le custodian, como yo mismo, como nuestro magnífico presidente, como... ¡Era un robot y usted lo mató! Lo ha reconocido así y la máquina ha dictado veredicto de culpabilidad. Por tanto, a mí sólo me queda emitir la sentencia pertinente...

—Usted, un robot —dijo Kalahy despectivamente—. Me condenará por la fuerza, no por la ley que debería regir en este nauseabundo planeta. Sí, yo destruí aquella maldita máquina y no me arrepiento de ello...

El mazo del juez golpeó la mesa con fuerza.

—¡Basta! —cortó enérgicamente—. Este tribunal ha sido demasiado paciente con el acusado. Guardias, tápenle la boca; no quiero que me interrumpa mientras dicto sentencia.

Los policías obedecieron en el acto. Drey enfureció, pero fue lo suficientemente prudente como para no exteriorizar sus sentimientos de forma visible.

Podía costarle muy caro y tenía otros planes para el futuro, entre los cuales no figuraba dejarse arrestar estúpidamente, por organizar un escándalo en un tribunal público. No, no podía hacer nada por el acusado y debía pensar en sí mismo.

Y también en el futuro del planeta. Esto era lo más importante de todo.

Si bien se miraba, Kalahy se tenía muy merecido lo que le estaba sucediendo. Los consejos que Drey le había dado largamente no habían servido para nada. Al final, Kalahy se había salido con la suya... pero había acabado ante un juez que se disponía a dictar sentencia.

La fuerza de los robots policías era enorme. Kalahy quedó inmovilizado, con la boca tapada por una mano mecánica que, sin embargo, parecía enteramente humana.

Una vez más, volvió a sonar la voz del juez:

—Erno Kalahy, reconocido culpable del delito que se te acusa, yo te condeno a la pena de destrucción física, sentencia que se cumplirá en la cámara correspondiente de la Penitenciaria Planetaria, hoy mismo, a las ocho de la noche. Tanto la sesión de este tribunal como la ejecución de la sentencia, se divulgarán por los noticieros informativos. ¡Se

levanta la sesión!

Ya no hubo más. Los guardias se llevaron en volandas al condenado, que pataleaba frenéticamente como un chiquillo enojado. Drey lo contempló tristemente. No podía hacer nada por él y se sentía acongojado al pensar en lo que iba a suceder horas más tarde.

Cuando salía del edificio del tribunal. Drey tropezó inadvertidamente con la joven.

—Discúlpeme —murmuró.

Ella sonrió graciosamente.

—No tiene importancia —contestó.

Un aeromóvil esperaba a la puerta del edificio donde se administraba justicia. Drey envidió a Eva Sharkan: el conductor de su vehículo era humano.

A las ocho menos un minuto de la noche, Kalahy fue introducido en un cubículo de cristal y sujetado a un poste del mismo material que emergía del suelo. Luego la puerta del cubículo se cerró y el condenado quedó abandonado a su destino.

Unos potentes proyectores lanzaron su fuerza invisible contra el cuerpo de Kalahy, haciéndolo desaparecer en cuestión de segundos, convertido en una nube de humo grisáceo, que muy pronto fue disipada por un enorme extractor. Luego, el locutor que describía la escena anunció que la sentencia había sido cumplida y que el gobierno confiaba en que la suerte de Kalahy sirviese como advertencia para los revoltosos que se resistían aún a admitir la ley y la autoridad de los robots.

El locutor añadió también que la ley era igual para todos y que en caso de que un robot se atreviese a dañar a un humano, sufriría una pena idéntica.

*
*
*

Hacía una noche excelente y Drey decidió salir a dar un paseo a la luz de la luna. Con aire distraído, vagabundeó por las inmediaciones del frondoso parque, prácticamente desierto a aquellas horas y alumbrado solamente por algunos faroles que no ocultaban precisamente la luz de la luna.

A lo lejos, entre la fronda, se divisaba la silueta de un edificio. en el que se veían algunas ventanas iluminadas. Era la residencia de la delegada imperial.

Drey dio una vuelta casi completa al parque. De pronto, vio a lo lejos una silueta que caminaba en sentido contrario.

Mantuvo su paso indolente y nada afectado. La figura se le acercó pausadamente. De súbito, Drey tropezó y cayó encima del hombre.

—Oh, discúlpeme...

El individuo vaciló y estuvo a punto de caer. Durante unos segundos, Drey, abrazado al otro, pareció bailar una ridícula danza. Mientras, sus manos notaban la dureza del metal, bajo la fina capa de plástico que tan bien imitaba la carne humana.

Al fin, consiguieron separarse.

—No sé qué decir... —sonrió Drey—. Jamás me había sucedido una cosa semejante, se lo aseguro. Si le he molestado, le ruego me perdone.

—Humano, ¿eh? —dijo el robot.

—Sí, señor.

—Está bien, pero, en lo sucesivo, tenga más cuidado al andar por la calle.

—Desde luego, señor. Gracias, señor.

El robot se alejó. Drey quedó unos segundos en el mismo

sitio.

Sonreía de un modo extraño. En aquellos momentos, le habría gustado llevar bigote, para acariciarse las guías con aire mefistofélico.

—Te van a dar una buena, maldita máquina —dijo entre dientes.

Bruscamente, se oyó un agudo chillido:

—¡Suélteme! Pero, ¿qué hace, estúpido? ¡Suélteme, le digo...!

—Ven aquí, preciosa. Estás estupenda, mejor que un pastel recién salido del horno...

—¡Quíteme las manos de encima, animal! —De repente, la voz de la mujer se hizo más estridente—: *¡Pero si es un robot*! —gritó con toda las fuerzas de sus pulmones.

—Sí, soy un robot. ¿Y qué? ¿Acaso no tengo derecho a disfrutar de lo bueno de la vida? Ven aquí, pajarita mía...

—Suélteme, bruto.... Usted, una máquina, atreverse a tocarme... ¡No, eso no...!

Drey echó a correr. Dio la vuelta a un espeso macizo de flores y divisó una escena singular.

A pocos pasos de distancia, una pareja forcejeaba con gran ímpetu. La mujer trataba de defenderse del acoso de su asaltante, que reía de una forma estúpida, casi incoherente.

—¡Qué guapa eres y qué pecho tan bonito tienes! Yo me... Bueno... Quisiera... Jjjjj....

La voz del robot se tornó repentinamente ininteligible. Drey se dijo que no podía demorar más su intervención, so pena de que la mujer sufriese algún daño irreparable.

Saltó hacia adelante. Agarró al robot por los hombros y, tirando con fuerza, lo apartó a un lado.

El robot se tambaleó, aunque no llegó a caer. Sus ojos artificiales emitieron vivos destellos de luz azulada. De su boca brotaban sonidos que no tenían nada de humanos.

Drey se percató de que el robot estaba a punto de atacar de nuevo y se colocó delante de la mujer.

—¡Escape! —ordenó—. Ese robot ha enloquecido. Seguramente, se le ha estropeado algún circuito y ha perdido el control de sí mismo.

—Eso es imposible... —contestó ella—. Ningún robot...

De pronto, se calló. Lo que acababa de sucederle contradecía plenamente las palabras que acababa de pronunciar.

Con paso relativamente lento, pero firme, el robot, que tartajeaba de una forma espantosa, echó a andar hacia la pareja.

Eva Sharkan se aterró. El humano tenía razón: el robot había enloquecido y, con sus fuerzas descomunales, era capaz de despedazarlos sin demasiadas dificultades.

CAPÍTULO II

Inesperadamente, un rayo de luz cayó desde las alturas, a la vez que se oía una potente voz:

—¡Eh! ¿Qué está sucediendo ahí abajo? ¿Por qué semejante alboroto? Eva levantó la vista vivamente.

—Por favor, ayúdenos. Un robot se ha vuelto loco y quiere matarnos.

—¿Un robot? —dijo el policía desde su aeromóvil—. ¿Está loca, señora? Eva se enderezó.

—Soy la delegada de Su Galáctica Majestad y oficialmente les pido que me ayuden. Si no lo hacen así, sus superiores acabarán por enterarse y ordenarán que les destruyan.

Las palabras de la joven parecieron impresionar a los ocupantes del aeromóvil, que descendió unos cuantos metros. Uno de sus tripulantes emitió una orden tajante:

—Todo el mundo quieto, humanos o robots. No desobedezcan o les costará caro.

El robot atacante se inmovilizó, aunque no se calló. Sin embargo, no se entendía nada de lo que decía; eran sonidos sin ilación, carentes en absoluto de frases o palabras inteligibles.

Los policías desembarcaron. Eran también robots.

—Identifíquense —pidió.

—Eva Sharkan, Delegado de Su Galáctica Majestad, Aridon XXII —declaró la joven con orgullo, a la vez que enseñaba la estrella símbolo de su cargo.

—Adam Drey, ingeniero —dijo el humano, mostrando una tarjeta metálica, en la que constaban sus datos personales.

—Jjjjj... Rrr.... Ffffssxxxx.... —farfulló el robot.

—Le pasa algo —dijo Eva.

—Sus circuitos se han desajustado, enviando órdenes

agresivas a su ordenador principal —explicó Drey.

El policía asintió.

—Parece evidente —dijo—. Está bien, en nombre del gobierno, les presentamos nuestras disculpas. Nos llevaremos al robot, para que lo examinen en un laboratorio oficial. Señora —se dirigió a la joven—, le ruego no tenga en cuenta este incidente.

—Gracias —contestó Eva secamente.

—Les ayudaré —se ofreció Drey.

Momentos más tarde, el robot averiado había sido transportado al aeromóvil, que despegó de inmediato. Entonces, Eva se encaró con el hombre.

—Señor, le agradezco infinito lo que ha hecho en mi favor —dijo—. Como delegada imperial, no puedo por menos de mostrarle mi reconocimiento por su valerosa actitud.

Drey sonrió.

—Era lo menos que podía hacer por un congénere —respondió.

—Pero nunca había sucedido una cosa semejante. Los robots no atacan jamás a los humanos, a menos que éstos les den motivos para una acción agresiva. Y, me parece, pasearse por las noches, no es un gesto hostil —manifestó Eva.

—Son máquinas y toda máquina, por perfecta que sea, se estropea un día u otro, señora.

—Usted debe saberlo, sin duda. Es ingeniero.

—Sí, aunque no de la rama robótica. Me dedico a las obras públicas.

—Ah... Su intervención ha sido muy oportuna, señor Drey. Gracias nuevamente.

Al hablar, Eva miraba al hombre que tenía frente a sí, no muy alto, pero tremendamente fornido y de rostro un tanto tosco, aunque atractivo. Debía de tener unos treinta y cinco años, calculó.

Drey se inclinó.

—Aunque ha sido un placer, desearía que no se hubiera producido un incidente tan lamentable y que nuestro conocimiento se hubiese producido en circunstancias más agradables.

Eva asintió ligeramente. Todo el tiempo había estado sujetándose la parte superior del vestido para cubrir el pecho, ya que los manotazos del robot habían rasgado la tela. Dirigió una sonrisa al hombre, dio media vuelta y se alejó con paso vivo.

Drey sonrió al quedarse solo. En la mano derecha tenía un objeto, que hizo saltar varias veces, antes de guardarlo en uno de los bolsillos de su traje. Al cabo de unos instantes, giró en redondo y emprendió el regreso a su casa.

*

*

*

Llamaron a la puerta. Drey estaba enfrascado en la lectura de un libro, cuyas páginas eran proyectadas en la pantalla de un televisor de metro y medio de lado, y detuvo la proyección, aunque no desconectó el aparato. Levantándose sin prisas, cruzó la sala y abrió.

Había una mujer en el umbral. Era alta, robusta, de rostro agradable, aunque no fuese una belleza. Tenía el pelo claro y vestía un uniforme cuya sola vista hizo fruncir el ceño al ocupante del apartamento.

El uniforme consistía en un casquete, con una plumita muy corta, chaleco de color azul casi negro, blusa de un tono mucho más claro y pantalones negros, metidos en unas botas de media caña. En torno a su talle llevaba un ancho cinturón del que pendía una pistola paralizante, aunque podía ser un arma mortal, si su dueño la usaba al máximo de energía.

En las hombreras ostentaba las insignias de su grado: dos círculos de plata, que rodeaban a sendas estrellas de siete puntas. Sobre el sólido seno izquierdo se veía la insignia de la Policía: un globo terráqueo de oro, surmontado de las iniciales P.T.

—Policía Terrestre —dijo Drey al cabo de unos instantes.

—Capitán Sylia Mahez —contestó ella, sonriendo—. ¿Puedo pasar?

Drey se echó a un lado.

—Está en su casa, capitán. Oiga, ¿no nos hemos visto antes en alguna ocasión? Su cara me resulta conocida...

Sylia se echó a reír a la vez que se despojaba del casquete y lo tiraba sobre un diván. Luego se desciñó el cinturón, que dejó también a un lado, y se quitó el chaleco.

—Tienes muy mala memoria, Adam Drey —dijo—. Tercera Universidad, primer curso. Si recuerdas algo, sabrás que es de orientación. A ti te tocó ser ingeniero de obras públicas y a mí me indicaron que podía hacer un buen policía.

—Claro —exclamó él—. Ahora recuerdo... Pero ya hace casi quince años... y tenías otro aspecto...

—Había salido de una grave enfermedad y pesaba una docena de kilos menos —explicó Sylia—. ¿Puedo sentarme?

—Claro... Dispénsame, me siento un poco aturdido... Créeme, nunca habría podido imaginarme que un día vinieras a mi casa... ¿Quieres café?

—No, gracias. —Sylia cruzó las piernas—, Adam, mi visita es oficial —añadió. Drey levantó las cejas.

—¿He cometido algún delito? —inquirió.

—No, que yo sepa. Pero anoche, según mis informes, te viste envuelto en un incidente poco agradable.

—Es cierto.

—Cuéntame, ¿qué sucedió?

Drey explicó lo ocurrido. Cuando terminó, Sylia tenía el ceño fruncido.

—Eso no es muy corriente —declaró—. Mejor dicho, es la primera vez que sucede.

—Posiblemente, pero el hecho es que sucedió y que, si yo no llego a estar presente, la delegada habría podido sufrir daños gravísimos.

—Sí, aunque ocurre algo muy extraño.

—¿De veras? ¿Qué es, Sylia?

—Los policías informaron del incidente. Como puedes suponer, un representante personal del presidente del gobierno terrestre ha ido a presentar sus excusas a la delegada.

—Era lo menos que podían hacer, si tanto quieren parecerse a nosotros —comentó Drey

sarcásticamente.

—Bien, el caso es que el robot enloqueció, porque se desajustaron sus circuitos y
afectaron al ordenador principal que, como no ignoras, regula su conducta casi humana. Los policías vieron su comportamiento y oyeron los sonidos ininteligibles que profería el robot atacante. Sin embargo, al examinarse sus circuitos, se ha comprobado que están en perfectas condiciones.

—Eso no puede ser —protestó Adam Drey—. Lo que yo vi y escuché no es propio de un robot «normal». El «tipo» estaba loco y dijo cosas realmente obscenas. Incluso quiso atacar a la delegada… como si fuese un humano excitado sexualmente.

—Sí. sí. Todo sucedió como tú dices, pero no hay explicación posible a un suceso tan singular.

—Lo siento, Sylia; no puedo decirte más de lo que ya sabes. No soy constructor de robots y, aunque tenga nociones de robótica, me resultaría imposible reparar uno de esos cacharros que tienen nuestra figura… si llegase a estropearse en mi presencia, claro.

Ella le miró fijamente.

—Adam, tú eras muy amigo de Kalahy —dijo de pronto.

—Sí, admitió él.

—Fue hallado culpable de atacar y destruir un robot y condenado a destrucción física.

—Estuve presente en el juicio y «asistí» a la ejecución.

—Se corren rumores de que hay una conspiración encaminada a derribar al actual gobierno y sustituirlo por uno de humanos. ¿Sabes algo sobre el particular?

—Ni idea, Sylia.

Durante un segundo, los dos se contemplaron en silencio. Luego, Sylia volvió la vista hacia la pantalla.

—¿Qué estabas leyendo, Adam? —preguntó.

—¿Por qué no lo lees tú misma? —sugirió él.

Sylia entornó los ojos, fijos en la pantalla, y recitó:

—«Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señor en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en los animales, y en toda la tierra y en todo reptil que se arrastra sobre la tierra.

Se volvió hacia el joven.

—¿Qué libro es ése? —preguntó—. Nunca lo había leído...

—Se llama la Biblia y ese fragmento pertenece a una de sus partes, el libro primero. Génesis, CAPÍTULO primero, versículo vigesimosexto —contestó Drey muy serio.

—Ese párrafo tiene un significado, Adam.

—Lo sé.

—Los robots nos gobiernan, no lo hacen tan mal.

—Pero somos humanos y ellos máquinas.

—Esas máquinas nos libraron de la miseria y de la barbarie en que habíamos caído después de lo que ocurrió a principios del siglo XXI.

—Antiguamente, había hombres civilizados, que trataban de evitar la barbarie, lo cual no les impedía tener esclavos.

—¿Te consideras un esclavo de los robots?

—No puedo ser libre, gobernado por una máquina —contestó Drey tensamente.

—Estamos bien. ¿Por qué cambiar las cosas?

—Conformista, ¿eh?

—No. Veo las realidades con claridad. Detesto las utopías, Adam.

Drey suspiró.

—Debiéramos dejar esta conversación, Sylia. Aunque somos humanos ambos, pensamos de forma diferente. Dime, ¿qué tal te ha ido en la

vida?

Ella se encogió de hombros.

—Psé... no puedo quejarme. Soy capitán... Ascenderé dentro de un par de años... A los cincuenta puedo retirarme de coronel, si lo deseo.

—Pero no llegarás jamás a director de Seguridad. Ese cargo queda para un robot.

—Nunca me he trazado metas inalcanzables —respondió Sylia.

—Sí, es una buena táctica —convino Drey—. ¿Puedo hacerte una pregunta de carácter personal?

—Claro, hombre —accedió ella, sonriendo.

Drey la contempló con ojo crítico.

—Eres muy guapa —dijo.

—Hombre, pasable...

—No, no seas modesta. ¿Tienes algún compromiso?

—¿Con un humano? Desde luego que no.

—¿Prisa en emitir tu informe?

—Puedo hacerlo mañana.

Drey se apoderó primero de un brazo y luego de la cintura de su visitante.

—Vamos a comportarnos como humanos de distinto sexo, que se encuentran y... ¿Te lo imaginas?

Sylia suspiró largamente.

—A decir verdad, lo estaba deseando. Todo el día entre robots... una llega al fin a desear una compañía más agradable...

—La tendrás —aseguró Drey, a la vez que buscaba su boca ávidamente. Mucho más tarde, en la penumbra del dormitorio, Sylia dijo:

—Ah, lo había olvidado. El robot que atacó a la delegada, va a ser destruido públicamente, bueno, como pasó con Kalahy.

—¡No me digas! —se asombró Drey.

—El gobierno quiere dar ejemplo de imparcialidad, independientemente de que el ataque se haya producido a una persona que goza de inmunidad diplomática.

—Comprendo. La delegada, sin duda, hizo una declamación.

—Era lógico, ¿no?

—Por supuesto. ¿Cuándo «ejecutan» al robot loco?

—Mañana, a las ocho de la noche. Lo arrojarán a un horno de fundición y la escena será transmitida en directo.

Drey lanzó una risita.

—En cambio, hay otra escena que no se puede transmitir en directo por la televisión.

—¿Cuál, Adam?

El joven la atrajo hacia sí.

—La que estamos haciendo nosotros —contestó.

CAPÍTULO III

La escena de la «ejecución» del robot fue emitida por las cámaras de televisión. Drey la contempló en su apartamento y vio a la máquina con figura humana ser arrojada a un horno llameante, cuyo fuego la consumió en segundos. Luego salió a dar un paseo.

Aquella noche eligió una calle céntrica. Todavía había bastantes personas fuera de sus casas.

Media hora más tarde, sucedió algo extraño.

Dos robots policías paseaban tranquilamente por la acera.

De pronto, alguien se paró

frente a ellos y les miró con expresaba entre hostil y burlona.

—Policías... Cerdos —silabeó.

Los policías se detuvieron en el acto.

—Siga su camino y no moleste —dijo uno de ellos.

—No me da la gana —contestó el otro—, ¿Por qué no se van a un cementerio de aeromóviles, montones de chatarra con patas?

—Este tío está loco —gruñó un policía.

—No puede ser, es un robot.

—Sí, soy un robot —contestó el paseante—. Y digo y sostengo que todos los robots policías son unos canallas.

Los guardias se dirigieron al robot hostil. Este empezó a

golpearles de inmediato, a la

vez que profería violentas exclamaciones.

—¡Abajo los robots! ¡Vivan los humanos!

Derribó a un policía y empezó a saltar sobre él. Se oyó ruido de metal abollado y vidrios que se rompían. El policía caído empezó a humear.

La gente se arremolinó en tomo al lugar del incidente.

Eran humanos y empezaron a

aplaudir.

—¡Bravo!

—Así, duro con él…

—Aplástalo…

—Destrózale los circuitos…

El otro policía retrocedió un par de pasos y sacó una pistola. Alguien le arrojó un objeto contundente, alcanzándole de lleno en el cráneo artificial y derribándolo al suelo.

El robot loco lo pisoteó también. Luego se alejó, lanzando estridentes alaridos, en los que se podían entender frases denigratorias para los robots y laudatorias para los humanos.

La gente se dispersó, muchos asustados de lo ocurrido. Temían las posibles represalias de los robots.

Drey fue uno de los primeros en abandonar aquella zona y regresó a su casa. Cuando entró en el apartamento, vio encendida la pantalla de televisión.

Alguien le había enviado un mensaje. El televisor servía no solamente para recibir noticias o bien programas de diversión o culturales, sino también como sustitutivo del ya inexistente teléfono.

El mensaje decía:

«Su Excelencia, la Delegada de S.G.M.. Eva Sharkan, tiene el placer de invitarle a la cena que se celebrará en su residencia, mañana, a las 19,30. Se ruega confirme la asistencia.»

Drey levantó las cejas, gratamente sorprendido.

—Esto no me lo esperaba yo —comentó para sí.

*

*

*

Un criado, ataviado de acuerdo con los cánones de una moda antiquísima, —casaca, camisa de encajes, corbata de lazo, calzones cortos, medias y zapatos con hebillas—, recibió al invitado y lo hizo pasar a un salón de grandes dimensiones.

—Su Excelencia llegará en seguida —dijo el criado—. Tenga la bondad de aguardarla, señor.

—Gracias —contestó Drey—. ¿Humano?

El criado se permitió sonreír imperceptiblemente.

—En esta casa no tienen sitio los robots, salvo como elementos constitutivos de lavadoras, frigoríficos y demás artilugios domésticos.

—Ya, termostatos y cosas así, ¿verdad?

— Exactamente, señor.

—Pero estoy solo —observó—. ¿No han llegado aún los demás invitados?

—El señor es el único invitado de Su Excelencia —responde el servidor—. Con el permiso del señor...

Drey se sentía tan asombrado, que no fue capaz de reaccionar. El criado le sirvió una copa de vino y luego se retiró.

Eva apareció momentos más tarde, ataviada con un sencillo traje en forma de túnica corta, sin mangas, y sujeta al hombro derecho por un valioso broche, con las armas del Imperio. Sonriendo, le tendió la mano y dijo:

—Adivino su perplejidad al saber que es mi único huésped esta noche.

—En efecto, señora. Pensé que se trataría de una recepción oficial, aunque no por ello me siento menos agradecido a su generosa invitación.

Eva se sentó en un diván.

—Acompáñeme —pidió—. La cena tardará todavía algunos minutos y quiero charlar con usted.

—Será un honor, señora.

—Voy a pedirle un favor, Adam, si me permite llamarle por su nombre. Tráteme como a una persona de su confianza, sin protocolo. ¿Entiende?

—Sí, señora.

—«Si, Eva» —sonrió ella.

—Como guste... ¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—Adam, ¿tuvo usted algo que ver con lo que me sucedió la otra noche? El joven respingó.

—No sé qué quiere decir... La libré de los ataques de un robot enfurecido, loco...

—Adam, lo mejor será que hablemos con toda franqueza. Le prometo que nada de lo que se diga aquí se hará público y que quedará exclusivamente entre los dos. Si tuviera que informar a mi gobierno, cosa que dudo, lo haría respetando el anónimo de mi comunicante, es decir, usted. ¿Ha comprendido?

—Sí, claro, ¿pero qué es lo que tenemos que decirnos? —sonrió él—. Usted es un personaje de muy elevado rango, en tanto que yo soy un ciudadano corriente y sin ningún cargo específico. No veo qué puedo decir yo a la representante personal del emperador ni me imagino lo que ella tiene que decirme a mí.

—Adam, no trate de soslayar la cuestión —exclamó la joven—. Estoy persuadida de que manipuló al robot para que me atacase.

*

*

*

Drey guardó silencio unos instantes. Tomó un sorbo de la copa que Eva le había ofrecido y luego la miró con cierta impertinencia.

—Es una acusación que no se puede probar y que, además, entraña algo muy parecido a un insulto —dijo al cabo.

—¿Lo hizo o no?

—No entiendo nada de robots, salvo que puedo conversar con ellos y debo acatar sus órdenes, siempre que estén dentro de la ley. Lo malo es que todo lo que hace un robot está siempre dentro de la ley.

—No se salga por la tangente —dijo ella vivamente-. Sabe que lo que he dicho es cierto, aunque lo niegue y nadie pueda probárselo.

—Supongamos que sea cierto. No lo admito, pero vamos a suponerlo. En tal caso,

¿qué habría hecho yo para manipular al robot y conferirle «instintos» agresivos?

—Pudo haber influenciado sus circuitos.

—Eso sería cosa de un especialista y yo no lo soy.

—Tampoco yo, pero, si quisiera, ahora mismo haría que un robot bailase de coronilla o se tirase a la calle desde un décimo piso.

—A ver, dígame cómo lo conseguiría —rió Drey—. Resultaría muy interesante contemplar a unos cuantos robots tirándose desde las azoteas de los edificios.

—Temo que no vamos a sacar nada en limpio de esta conversación —se lamentó Eva.

—De todo diálogo se obtiene siempre algún beneficio. Por lo menos, se escucha al contrario —contestó él sentenciosamente.

—¿Me considera contraria a usted?

—No la estimo demasiado favorable. Es la representante de un poder no terrestre.

—Por lo visto, prefiere el poder de los robots.

Drey se sintió incómodo de repente. Presintió que Eva le estaba llevando hábilmente a un terreno al que no debía acudir.

—Hace unos instantes —continuó ella—, ha pronunciado usted una frase que revela a las claras su pensamiento. Le gustaría ver a unos cuantos robots despeñándose desde lo alto de unos edificios.

—Está bien —gruñó Drey—. Sí, odio a esas malditas máquinas con figura humana, pero no por ello pretendo destruirlas ni rebelarme contra su gobierno…

—¿De veras no lo pretende? Entonces, ¿qué hacía usted anteayer, en las proximidades de otro robot que enloqueció, atacó a dos guardias y ayer mismo fue destruido en un horno de fundición?

—Casualidad, Eva.

—No le creo.

—¿Cómo supo que yo estaba allí?

Eva sonrió maliciosamente.

—Tengo un buen servicio de información —respondió.

—Espionaje —gruñó Drey.

—Llámelo como quiera, pero, para mí, resultan dos sucesos muy parecidos y altamente sospechosos... por la «casualidad» de su presencia en ambos. Podrá negarlo, pero tengo derecho a sospechar.

—Volvamos a las hipótesis —propuso Drey—. En el supuesto de que yo resultase culpable, ¿me denunciaría al gobierno terrestre?

—No. Este es un asunto interno de la Tierra y según el tratado, el Imperio no tiene derecho a interferir los asuntos internos de ninguno de sus planetas, a menos que los sucesos derivados de esos asuntos amenazasen con provocar conflictos a escala interplanetaria. Estoy aquí como representante personal de S.G.M. Aridon XXII y únicamente por el simple hecho de demostrar que la Tierra pertenece ahora al Imperio. Pero no hay tropas del emperador ni tampoco se les exigen tributos monetarios o en especie, ni los habitantes de este

planeta están obligados a servir un tiempo en el ejército imperial. Como puede apreciar, no hay opresión por parte del Imperio ni éste exige que se modifiquen sus leyes, salvo las que puedan tener relación con otros planetas. ¿No le parece esto signo de nuestra buena voluntad?

—Indudablemente, y ello es muy de apreciar —convino Drey—. Pero, en cierto modo, significa pérdida de nuestra independencia.

—¡Absurdo! —calificó Eva—, ¿Cómo puede decir una cosa semejante, cuando lo único que les hemos exigido, como he dicho, es la total abstención de un acto hostil contra cualquier otro planeta del Imperio? ¿Les decimos acaso cómo han de vestir, de alimentarse, de estudiar, de publicar libros, periódicos o la forma en que han de realizar cualquier acto cultural?

—Eso es cierto —admitió él—. Pero, de todas formas, el tratado tiene un grave inconveniente para los terrestres humanos.

—¿Cuál, por favor, Adam?

—Fue firmado por los robots y no por los humanos. A nosotros no se nos consultó para nada cuando el Imperio decidió agregar la Tierra a su entidad política supraplanetaria.

—El Imperio trató con el gobierno legítimo que había entonces en este planeta —adujo Eva.

—Ah. ¿consideran a los robots como gobernantes legítimos de un planeta?

—¿Por qué no? Cuando los exploradores del Imperio llegaron a la Tierra, se encontraron con una civilización floreciente, regida por unas máquinas. No había opresión, no había leyes discriminatorias, los índices de educación, sanidad y demás eran muy satisfactorios, ni tampoco existían fuerzas agresivas que quisieran expansionarse a costa de

otro planeta. Por todo ello, el Imperio consideró legítimo al gobierno de los robots, independientemente de su origen.

—Cualquiera diría que Su Galáctica Majestad es un robot —dijo Drey burlonamente.

—Es un humano, como usted y como yo, y tiene un gobierno compuesto por personas de gran competencia —respondió Eva, muy picada—. Pero las leyes del Imperio son tajantes: se firman tratados con gobiernos legítimos, que respeten un mínimo de derechos de todos los seres inteligentes, sin entrar a discutir su origen. Y el gobierno de la Tierra, compuesto o no por robots, reúne todas esas condiciones.

—No cabe la menor duda: es usted una acérrima defensora de los robots.

—No, se equivoca usted. Diría lo mismo si el gobierno de la Tierra estuviese formado por seres humanos. Sin embargo, no comprendo su odio hacia los robots... Eso me recuerda la actitud de algunos humanos, hace muchísimos siglos, hacia determinados grupos raciales, como los negros, los pieles rojas o los judíos.

—Yo odio a las máquinas, no a mis semejantes —exclamó Drey.

—Y esas máquinas, ¿no son sus semejantes?

Drey apretó los labios. De pronto, se puso en pie.

—Señora, creo que esta discusión no nos lleva a ninguna parte —dijo rotundamente—. Habrá de permitirme que mí retire, no sin expresarle mi gratitud por su invitación.

—¡Adam, no sea estúpido! —le apostrofó ella sorprendentemente—. Piense como quiera, pero quédese. Cambiaremos de tema, si le parece, o seguiremos discutiendo el mismo.. Es una grave falta de etiqueta rehusar la invitación del delegado imperial, ¿sabe?

Drey acabó por sonreír.

—Sobre todo, si el delegado de S.G.M. es una mujer joven y hermosa como usted.

—¡Menos mal! —exclamó Eva jovialmente—. Creí que no iba a dirigirme un elogio personal. Llegué, incluso, a

pensar que es usted insensible a los encantos de un ser del sexo opuesto.

—¡Jamás! ¡Eso nunca! —protestó él con vehemencia- Precisamente, si de algo peco, es de sentir debilidad ante una mujer hermosa...

—Lo tendré presente mientras esté en mi casa —dijo Eva riendo.

Y, en el mismo momento, el mayordomo apareció en la puerta del salón y pronunció la frase de rigor:

—¡Señora, la cena está servida!

CAPÍTULO IV

Cuando llamaron a la puerta, Drey fue a abrir y se encontró frente a un hombre de unos cuarenta años, estatura mediana y pelo claro y escaso. Sonrió al verle y se hizo a un lado para que pudiera pasar.

—Entra, Jaffie —invitó—. ¿Quieres café?

—Sí, una taza, por favor —contestó el visitante.

—Muy bien, siéntate por ahí. En seguida estaré contigo.

Jaffie Ehrgane se retrepó en el diván y cruzó las piernas. Drey vino poco después con una bandeja en las manos.

—¿Y bien, Jaffie?

—Lo he hecho —contestó Ehrgane—. Pero no me gusta...

—Deja eso de mi cuenta —pidió el joven—. ¿Lo tienes o no?

—Claro que sí, aunque ya te digo que no... Bueno, puede ser terriblemente peligroso, Adam...

—¿Te ha visto alguien? ¿Saben que lo has hecho?

—Desde luego que no. He reunido los materiales con grandes intervalos de tiempo, pero si me descubriesen, acabaría como el pobre Erno...

—Erno murió por imprudente y por no tener un poco de paciencia, como yo le había aconsejado —respondió Drey ceñudamente—. Ellos llevan en el poder más de mil años. ¿Qué importancia pueden tener unos cuantos años más o menos? El caso es acabar con ellos de una sola vez, de un solo golpe... pero ese golpe deberá ser asestado cuando todas las posibilidades estén a nuestro favor y hayamos eliminado hasta el menor factor de riesgo. ¿Lo comprendes ahora?

Ehrgane asintió.

—Sí, Adam, lo comprendo. Pero, a pesar de todo, no puedo evitar sentirme muy nervioso...

Drey estudió el rostro de su visitante y lo vio sudoroso, expresando una terrible ansiedad en todo momento. En aquel instante, decidió que ya

no podría confiar en Ehrgane. Era un eslabón demasiado débil.

—Muy bien, entonces, dame el aparatito y vete. No vuelvas a construir otro, ni te preocupes jamás de este asunto. Haz como si no me hubieras visto jamás, ¿eh?

Ehrgane sacó algo de su bolsillo y se lo entregó al joven.

—Toma, aquí lo tienes —dijo—. Sí, lo mejor será hacer lo que me has dicho. No debemos volver a vernos jamás y yo no te conozco a ti ni sé siquiera que existes.

—Gracias, Jaffie.

El visitante se puso en pie. Drey pensó que le daba lástima. Pero, claro, no todos podían poseer su fortaleza de ánimo.

Ehrgane se marchó hacia la puerta. Cuando iba a salir, Drey le hizo una pregunta:

—Jaffie, ¿funcionará este chisme tal como te lo pedí?

Ehrgane se volvió. En sus ojos latía ahora un chispazo de orgullo.

—Sin el menor fallo —contestó.

—Gracias. Suerte.

Ehrgane se marchó. Al cerrarse la puerta, Drey contempló el objeto que le había traído su amigo y que era una cajita no mayor que un paquete de cigarrillos.

La caja podía dividirse en dos mitades, en sentido

longitudinal. El debería guardar
siempre una de las dos partes, mientras que la otra serviría para…

Tenía que hacer una prueba, pero, por el momento, no le parecía prudente. Debía dejar pasar unos cuantos días. Dos robots enloquecidos en un plazo muy corto era algo que no había sucedido jamás, no resultaba corriente y si se precipitaban las cosas, corría el peligro de un fracaso absoluto.

Bruscamente, oyó gritos en la calle.

Atraído por la curiosidad, se asomó a la ventana.

Un hombre cruzaba la calle a todo correr, perseguido por dos policías. El individuo no hacía el menor caso de las órdenes de alto que le daban los guardias.

De pronto, uno de los policías apuntó al fugitivo con una pistola. El arma emitió una raya de luz amarillenta, que acabo en el cuerpo del sujeto.

Drey captó un grito de indescriptible sufrimiento. Luego, con las facciones contraídas, vio a Ehrgane derrumbarse al suelo hecho un ovillo.

—¿Por qué? —mascculló, presa de un vivo sentimiento de cólera—. ¿Por qué, maldito imbécil...?

La gente empezó a arremolinarse en torno al caído. Acudieron más policías. Al cabo de un minuto, dos de ellos se encaminaron directamente a la casa donde vivía Drey.

El joven se percató de que la huida le resultaría imposible y se preparó para recibir la visita de aquellas máquinas con figura humana y que eran representantes de la ley robótica que gobernaba el planeta Tierra.

*

*

*

Cuando llamaron a la puerta, abrió sin prisas, pero tampoco con muestras de temor, y fingió sorpresa al ver los Uniformes policiales.

—Caballeros… —dijo cortésmente.

—Soy el teniente Troulo —se presentó uno de los policías

—. Este es el sargento
Zaross.

—Bienvenidos a mi humilde morada. Entren, por favor, y díganme a qué debo el honor de su visita.

Todos los robots eran diferentes en el aspecto físico. Era una medida psicológica, tomada muchos años atrás por el gobierno terrestre a fin de evitar a sus habitantes humanos la contemplación de millares de robots absolutamente iguales, lo cual podría haber acabado en graves alteraciones psíquicas en personas de mente no demasiado fuerte. Al ver a los dos robots que tenía frente a sí, Drey no pudo por menos que admirar a las máquinas que gobernaban el planeta.

Troulo era alto, esbelto, casi un maniquí, en tanto que Zaross era de mediana estatura, ancho de hombros y de rostro cuadrado y mentón saliente. Resultaba difícil saber que eran robots, a no ser por el idéntico color de sus pupilas, azuladas, casi blancuzcas. Era éste un detalle que no habían sabido solucionar los constructores de tan perfectos robots, debido al cuarzo que debía filtrar los rayos que afectaban a los circuitos visuales.

—Mis subordinados han tenido que disparar, infortunadamente, contra una persona que acababa de salir de esta casa —manifestó Troulo—, ¿Lo conocía usted?

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Drey.

—Jaffie Ehrgane.

—Ehrgane... Ah, sí, lo recuerdo del preparatorio para la Universidad... El resultó un excelente ingeniero robótico, creo. A mí me mandaron a construir puentes y carreteras.

—Ehrgane hacía algo más que diseñar diafragmas y circuitos —acusó Troulo—. Robaba materiales de la Fábrica número cuatro, en la cual se hallaba trabajando como subdirector de inspección final.

—De modo que el viejo Jaffie se había convertido en un ladrón... No puedo creerlo, teniente.

—Tenemos pruebas, señor Drey —aseguró Troulo—. También sabemos que era un conspirador.

—¿Un conspirador? ¿Contra qué o contra quién conspiraba?

—Contra nuestro gobierno —intervino Zaross.

—Fantástico, inimaginable... aunque supongo que, si ustedes lo dicen, tendrán sus razones para ello. Ahora bien, ¿qué relación tienen las actividades del infortunado Ehrgane conmigo?

—Sospechamos que usted también conspiraba con él. Salió de esta casa cuando fue avistado por los agentes que le perseguían desde hace tiempo —declaró Troulo—. En consecuencia, nos vemos obligados a formularle algunas preguntas y para que las respuestas resulten verídicas, le aplicaremos el contestador psicomagnético. Es la ley, ¿comprende?

Drey hizo una ligera reverencia.

—Nada más lejos de mi ánimo que oponerme a la ley —contestó.

—Gracias. Proceda, sargento.

—Sí, señor.

Zaross se acercó al joven y le puso en torno a la frente

un aro metálico, en cuya parte posterior había una cajita oblonga provista de unas puntas finísimas, que se introdujeron en piel del cráneo cosa de dos milímetros. Los pinchazos resultaron apenas perceptibles y no le causaron dolor.

Zaross se retiró dos pasos y anunció:

—Listo, teniente.

—Gracias. Señor Drey, ¿conspiró con Ehrgane?

—No —contestó el joven.

—¿Conocía sus planes de derrocar el actual gobierno robótico?

—No.

—Estuvo en su casa. ¿De qué hablaron?

—De temas corrientes. Ehrgane pasaba por aquí y se acordó de que yo vivía en este apartamento. Por eso subió a visitarme, para recordar viejos tiempos, nada más.

—¿Sabía que trabajaba en el lugar que le he mencionado antes?.

—Claro, porque él me lo dijo. Hacía años que no nos relacionábamos y agradecí mucho su visita.

—¿Le dijo algo acerca de un robo de materiales?

—No, en absoluto.

Troulo hizo un ligero ademán y el sargento se acercó de nuevo al joven. Cuando le quitó el aro de metal, Drey emitió una sonrisa.

—¿Satisfecho, teniente?

—Le ruego que acepte nuestras disculpas por las molestias que le hemos ocasionado —dijo Troulo—. Cualquier sospecha que hubiéramos podido concebir ha quedado disipada en este momento. Es usted un buen ciudadano y así lo haré saber a mis superiores.

—Muchas gracias, teniente.

—A su disposición, señor Drey.

Los robots se marcharon. Drey lanzó un profundo suspiro de alivio y luego volvió junto a la ventana.

Los sirvientes de una ambulancia, esta vez humanos, cargaban el cadáver de Ehrgane en una camilla. Al contemplar aquel tétrico espectáculo, Drey se dijo que debía ser más cuidadoso que nunca a partir de aquel momento.

Luego fue al baño. Lo necesitaba.

Cuando regresó a la sala, se encontró con una enorme sorpresa. Eva Sharkan estaba allí.

*

*

*

La joven vestía ahora un traje de una sola pieza, de color gris azulado, con un ancho y grueso cinturón, en cuya parte anterior se veía una enorme hebilla de metal dorado. Estaba sentada indolentemente en el diván, con las piernas cruzadas y sonreía de un modo especial.

—Ha pasado un mal rato, ¿eh?

Drey se puso rígido.

—¿Cómo lo sabe?

—Siempre estoy bien informada de lo que me interesa —contestó ella—. Supo engañar muy bien a los policías, Adam.

—Dije solamente la verdad...

—Dijo lo que quería que ellos supieran —puntualizó la joven—. El pobre Jaffie construyó un aparatito maravilloso. Lástima que él no haya podido apreciar sus resultados prácticos.

Drey frunció el ceño.

—Usted no estaba aquí. La escena no se transmitía por televisión. Entonces, ¿cómo demonios sabe...?

Eva se echó a reír.

—Es mi secreto, por ahora —contestó—. Pero pude ver claramente cómo ponía algo en el costado izquierdo del sargento Zaross. Fue el chisme que le construyó Ehrgane, ¿verdad?

—No quiero contestar —dijo él hoscamente.

—Le aseguro que no pienso delatarle, Adam. Por eso habrá de permitirme que le exprese mi admiración por su audacia. La verdad, cuando vi que los policías se disponían a ponerle el aro de la verdad en torno a la cabeza, temí por su suerte. Pudo eludir unas respuestas sinceras, ¿no es así?

—Si lo ha visto y oído, según parece, ¿por qué negarlo? -

contestó Drey de mal talante.

—No se enfade, Adam —sonrió la joven—, Pero debe creerme: su lucha me divierte muchísimo.

—Sí, sólo espera el momento de mi caída, ¿eh?

—Al contrario. Deseo que triunfe, aunque me parece que ha elegido un mal camino. Drey enarcó las cejas.

—¿Usted, la delegada del emperador, desea que derrote al gobierno robótico?

—¿Por qué no? Pero, claro, son sentimientos estrictamente personales. Según mi cargo, debo mantenerme por completo al margen de las luchas políticas internas del planeta. Es decir, ni puedo ayudarle ni tampoco echarle una mano cuando se vea en un aprieto.

—Totalmente neutral —dijo Drey.

—Lo exige mi cargo. Eva se puso en pie.

—Adam, la semana próxima doy una fiesta, esta vez como representante del gobernador y para celebrar su cumpleaños. Aunque le enviaré la invitación, me gustaría saber ahora a piensa asistir.

—Lo dudo mucho —rezongó él.

—Asistirán el presidente y miembros de su gobierno, además de otros humanos de relieve.

—Por eso mismo, dudo de que vaya…

—He contratado a varios artistas para que distraigan a los invitados —dijo Eva, impertérrita—. Uno de ellos es el famoso prestidigitador Risso Divitto. ¿Lo conoce usted?

Drey se puso pálido.

—¿Quién demonios le ha dicho…?

Eva sonrió maliciosamente.

—Recuerde que tengo un magnifico servicio de

información —contestó—. Y ahora, si me lo permite…

—¡Aguarde un momento! —pidió Drey—. Antes de que se vaya, quiero darle un consejo.

—Sí, Adam., le escucharé con mucho gusto.

—Lea la Biblia. Génesis, I, 26. Puede que así comprenda mi forma de pensar. Eva dudó unos instantes. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—Lo haré, se lo prometo.

Los dedos de su mano derecha se apoyaron en la hebilla dorada del cinturón. De pronto, su silueta se hizo gradualmente borrosa, hasta desaparecer por completo.

Drey se quedó con la boca abierta.

—¡Diablos, usa un aparato de teleportación individual! —exclamó.

CAPÍTULO V

El robot policía caminaba por la calle, cuando, de pronto, sus circuitos visuales captaron la imagen de un hombre que estaba sentado en el suelo, con aspecto de sentirse enfermo.

Cumpliendo con su obligación, el policía mecánico se acercó al doliente y se inclinó hacia él.

—¿Le ocurre algo, señor? ¿Puedo ayudarle? —se ofreció con acento lleno de cortesía.

—No me encuentro muy bien... —contestó el interpelado —. Si fuese tan amable de llamar a una ambulancia...

—Lo haré ahora mismo, señor.

—Gracias, agente; es usted un robot muy humanitario.

—Todos lo somos, señor; es nuestro deber.

El policía se separó un poco y quedó inmóvil, mientras transmitía la petición por la radio interior de su cuerpo. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia el hombre.

—Ya está —dijo—. La ambulancia llegará en seguida. ¿Puede levantarse, señor? Con mi ayuda, claro...

—Sí, creo que podré.

Los fuertes brazos del robot ayudaron al hombre a incorporarse. De repente, éste dijo:

—¡Caramba, ahora me encuentro mucho mejor! ¿Qué le parece? Debía de ser por la postura... o quizá es usted un mago que me ha curado instantáneamente...

—Sí, soy un mago —contestó el robot.

—Entonces, ya no necesito de la ambulancia. ¡Adiós!

El policía no puso objeción alguna a la marcha del humano y se quedó en el mismo sitio, convertido en una estatua. El hombre caminó con rapidez una veintena de pasos, dobló una esquina y luego se detuvo en actitud expectante.

Un minuto más tarde, se vio una luz centelleante en el cielo, que se acercaba a toda velocidad. El aeromóvil sanitario descendió raudamente hacia el lugar donde debía recoger a un supuesto enfermo.

El aparato se posó en el suelo segundos más tarde. Entonces, el policía sacó su pistola y empezó a disparar contra la ambulancia.

El arma despedía descargas llameantes, de altísima temperatura. La ambulancia empezó a arder casi instantáneamente.

Alguien dio la alarma. Acudieron un par de vehículos policiales. Lo único que encontraron sus ocupantes fue a un robot policía que farfullaba palabras ininteligibles, a la vez que hacia fuego contra todo lo que se movía en sus inmediaciones. El enloquecido agente «mató» a tres policías más, antes de que otro lo destruyera a su vez, con una descarga de su pistola paralizante, al máximo de potencia.

*

*

*

Se ajustó el lazo negro y se contempló en el espejo con una sonrisa de satisfacción.

—Pues no estoy tan mal —dijo complacidamente.

Era el día de la fiesta en la residencia de la delegada imperial. Aunque se sentía un tanto preocupado, Drey no habría dejado de asistir por nada del mundo.

Una de las cosas que más atraían su atención era el

servicio de información de Eva

Sharkan. ¿Cómo podía saber la joven tantas cosas?

El personal de su delegación era más bien reducido y no tenía robots a su servicio. Todos los criados eran humanos y parecía fuera de lugar que Eva hubiera desarrollado una red de espionaje con humanos terrestres. A la larga, habría sido descubierta, lo cual hubiese provocado indefectiblemente un grave incidente diplomático, cosa que hubiese desdicho de los principios de no intromisión en los asuntos internos de un planeta. Pero si no era así,

¿cómo conseguía Eva sus informes?

En aquel instante, llamaron a la puerta.

Intrigado, fue a abrir. La silueta de Sylia se recortó en el umbral.

—¿Puedo pasar? —consultó ella.

—

Claro

—

accedió

Drey.

Sylia

silbó.

—¡Oye, qué guapo estás! ¿Adónde piensas acudir, hecho un figurín?

—Su Excelencia me ha invitado a la fiesta que da en su palacio, para celebrar el cumpleaños del emperador —contestó Drey.

—¿La delegada imperial? —se asombró Sylia.

—¿Quieres que te enseñe la invitación?

—No, no, me basta con tu palabra... Pero, oye, vestido con traje de etiqueta, como hace más de mil años...

—Hay estilos que no cambian —dijo él—. Pero, me imagino, no has venido aquí a hablarme solamente de modas. Me gustaría atenderte como te mereces, y ya te imaginas a qué me refiero, pero, por desgracia, tengo el tiempo muy justo. Habla, Sylia.

—Está bien —contestó ella—. Las cosas no parecen mejorar. Hace tres noches, un policía enloqueció y mató a dos ocupantes de una ambulancia y a tres guardias más, antes de ser destruido a su vez.

—He leído la noticia... bueno, quiero decir que la vi en la pantalla. Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo, Sylia?

—Los restos del policía loco fueron examinados con el máximo de atención. Es una acción que, en los humanos se llama autopsia.

—Sí, lo sé. ¿Y...?

—Aunque las descargas carbonizaron o poco menos al policía loco, los expertos encontraron entre sus restos algo que no formaba parte de la estructura original del cuerpo, algo, en fin, que, interfiriendo sus circuitos, provocó aquella «locura» y le hizo atacar a sus congéneres.

—Sylia, la palabra congéneres se aplica a seres vivientes, no a máquinas con figura humana —corrigió Drey.

—Déjate de repulgos —gruñó ella—. Tú sabes muy bien lo que quiero decirte...

—Sí, y el teniente Troulo estuvo aquí y me puso el aro de la verdad y contesté a sus preguntas sin mentir, y se marchó plenamente convencido de mi inocencia.

—He leído el informe —dijo Sylia, con los ojos entrecerrados—. La verdad, no comprendo cómo pudiste engañarles.

—Mis respuestas fueron veraces —se defendió Drey.

—¡A otro perro con ese hueso! Adam, no sé cómo lo hiciste, pero sé que lo hiciste. Si me permites un consejo…

—Sylia, ¿de qué lado estás tú? —preguntó él de sopetón.

—Estoy de parte de la ley —respondió ella solemnemente.

—Es decir, junto a los robots y contra los humanos…

—No, Adam, no estoy contra los humanos. Estoy, simplemente, a favor de la ley…

—Dictada por unos robots a fin de conseguir todas las ventajas para ellos.

—¿Cuáles son tus desventajas? Dime, por favor… ¿Te hacen trabajar como un esclavo, azotándote con látigos si flaqueas? ¿Se meten en tu vida privada? ¿Te impiden viajar a donde quieras, una vez cumplidas tus obligaciones? ¿Te escatiman el dinero de tu salario? Tienes médicos y hospitales gratuitamente, libros, bibliotecas, museos… pero lo más importante de todo es que, gracias a los robots, se acabaron las guerras. La que estalló a principios del siglo XXI fue la última es este planeta y de ello hace ya más de mil trescientos años. ¿Por qué intentar destruir un régimen que tantos beneficios nos proporciona?

Drey emitió una sonrisa de circunstancias.

—No seas tan dramática, Sylia. ¿Cómo podrías imaginar que un solo humano puede derrotar al todopoderoso gobierno de los robots?

Ella le apuntó con el índice.

—Te lo advierto, Adam, y lo hago así, porque te aprecio muchísimo. Me gustaría que el gobierno estuviese compuesto por humanos, pero, puesto que no es así y las leyes promulgadas por los robots no pueden ser más benignas, no daré un solo paso para combatir a ese gobierno, sino todo lo contrario: ¡Lucharé con todas mis fuerzas contras los que quebranten la ley, sean o no amigos! ¿Está claro?

Drey apretó los labios.

—Lo tendré en cuenta… si un día decidiera sublevarme — contestó.

—Yo diría que ya te has sublevado, pero aún estás a tiempo —dijo Sylia a la vez que se encaminaba hacia la puerta—. Esta visita no ha sido oficial; es la de una amiga que te aprecia sinceramente y a la que no le gustaría verte acabar como Kalahy. —Miró al joven intensamente—. Piensa bien en lo que te he dicho y no te compliques más la vida.

—Adiós, Sylia.

Ella vaciló un instante, como si quisiera añadir algo, pero, de súbito, abrió la puerta y abandonó el apartamento.

Al quedarse solo, Drey pateó el suelo con fuerza. Se preguntó si debía seguir los consejos de Sylia.

Tomaría una decisión después de la fiesta. Se estaba

retrasando y no podía perder ya

ni un minuto.

*

*

*

El imponente mayordomo anunció su llegada y entró en el gran salón, atestado de personas de ambos sexos, elegantemente vestidas todas ellas. Abundaban también los robots, apenas distinguibles de los seres humanos.

También los robots se fabricaban con figura femenina. Algunos de ellos resultaban verdaderamente atractivos. Aunque con cierta amargura, Drey no pudo por menos que

pensar que los robots habían realizado extraordinarios progresos en la imitación de los seres de carne y hueso.

Eva acudió a recibirle y le tendió ambas manos con evidente satisfacción. Estaba muy hermosa y Adam se sintió poco menos que hechizado al contemplarla, radiante de belleza. Cambiaron unas palabras y luego la joven se marchó, para atender al resto de los invitados.

Los criados iban y venían, con bandejas repletas de copas y pastelillos. Muchos de los invitados rechazaban el ofrecimiento; eran robots que no podían comer ni beber.

—Deberían ofrecerles aceiteras para que se tomasen unos chorlitos de vez en cuando
—dijo sarcásticamente.

—Los robots actuales no necesitan apenas engrase —habló alguien a su lado.

Drey se volvió. Una hermosa rubia, de pecho opulento, le sonreía a un par de pasos de distancia.

—Dispense, pero no pude por menos de oír su frase —añadió ella.

—Hablaba conmigo mismo. Tengo ese vicio —rió Drey.

—Lo cual indica preocupaciones. ¿Qué le preocupa tanto?

—Nada. A veces, uno se abstrae y... Perdón, me llamo Adam Drey.

—Zenda Kanix —se presentó ella.

Un criado vino en aquel momento con una bandeja. Drey tomó dos copas y le ofreció una a la joven.

—Brindaremos por este momento tan delicioso en que nos hemos conocido, Zenda.

—Será un placer —contestó la joven—. ¿Conocías a la delegada?

—Un poco. ¿Y tú?

—Mi padre tiene negocios en la capital del Imperio.

—Ah... bueno, supongo que eso no nos importa mucho ahora, Zenda, ¿Quieres que
salgamos a la terraza?

Ella le miró con ojos maliciosos.

—Eres muy apuesto, Adam. No me hagas flaquear.

—No flaquees, a menos que lo quieras —respondió él jovialmente.

Dejaron las copas vacías a un lado y él la agarró por un brazo, que encontró agradablemente cálido. Zenda era mucho más atractiva que la hosca Sylia y Eva resultaba algo inalcanzable. Cuando era necesario, Drey se conformaba con lo que sabía podía conseguir y no se esforzaba por llegar a metas imposibles.

En la terraza, amplia, con zonas penumbrosas, que daban a un extenso jardín, conversaron durante unos momentos. Poco a poco, Drey se fue acercando a la joven y, al fin, sin que ella protestase, la abrazó con fuerza y buscó sus labios.

En aquel instante, alguien les interrumpió y Drey maldijo con todas sus fuerzas a los inoportunos que venían a estropearle uno de los mejores momentos de la velada.

—Oh, perdonen —sonó la voz de la delegada—, Adam, no sabía que...

Zenda se separó y empezó a retocarse el cabello con ambas manos. El joven apreció que Eva no estaba sola.

Había un hombre a su lado, alto, fornido, de unos cincuenta años. Eva hizo las presentaciones:

—Adam, te presento a Rigoph J.T.-41-F., Ministro de Energía. Señor ministro, este es un buen amigo, el ingeniero Adam Drey.

«Un robot del gobierno», pensó el joven de inmediato, mientras hacia una profunda inclinación. Luego presentó a su acompañante. Entonces, Rigoph dijo que era una extraordinaria coincidencia, de la cual se sentía enormemente complacido.

—Porque, aunque sea un robot, también tengo sentimientos idénticos a los de ustedes, los humanos —añadió el ministro, con el circuito de la sonrisa conectado a la máxima potencia.

Drey volvió a inclinarse.

—Eso es algo de lo que jamás he dudado, excelencia —

dijo.

—Adam, el ministro quiere darte una buena noticia —intervino Eva—. Creo que te gustará oír lo que tiene que decirte.

El joven se volvió hacia Rigoph.

—Señor, estoy a su disposición —manifestó.

—Gracias, ingeniero. Dígame, ¿ha oído hablar alguna vez

del proyecto de puente

sobre el Canal de la Mancha?

CAPÍTULO VI

Drey se quedó estupefacto al oír aquellas palabras. Cualquier cosa habría esperado oír de labios del robot que tenía frente a si, menos una mención sobre un proyecto que ya era viejo cuando él iniciaba sus estudios primarios.

—Sí, he oído algo al respecto —contestó.

—El proyecto ha sido aprobado y la construcción del puente se iniciará en breve plazo. ¿Querría encargarse de dirigir las obras?

Drey volvió los ojos hacia Eva. Ella le miraba sonriendo. Sin palabras, le aconsejaba aceptar.

—Pero, excelencia, no sé si yo...

Rigoph «sonrió».

—Vamos, vamos, no se haga el modesto, ingeniero. Conozco perfectamente su reputación y sé que llevará a cabo la obra con todo éxito.

—No estoy tan seguro, señor —contestó el joven—. Es una obra de gran envergadura... Demasiados pilares... Son treinta y seis kilómetros con grandes profundidades...

—¿Ha oído hablar alguna vez del procedimiento Esfor-Dibson? Supongo que sí; es un método que se enseña en los primeros cursos de ingeniería —dijo Rigoph.

—Cierto, pero el máximo a que se ha llegado con ese método es de unos mil quinientos metros, señor —contestó Drey.

—El procedimiento ha sido mejorado y actualmente se pueden construir arcos de cinco kilómetros de luz. A razón de doscientos metros diarios.

Drey se quedó estupefacto.

—Cinco kilómetros de puente en veinticinco días —exclamó.

—Más el tiempo necesario para colocar los pilotes en el lugar adecuado —dijo Rigoph—. Pero de todo esto, si le interesa, podríamos hablar mañana en mi despacho, a las once. No deje de acudir, ingeniero; su visita ya está anotada en mi agenda. —El robot volvió a sonreír—. Y ahora le explicaré por qué dije antes que era una feliz coincidencia haberle encontrado en compañía de la señorita Kanix. Ella es también ingeniero y será su primer ayudante.

—Acepto con gran placer, aunque es la primera noticia que tengo sobre el particular —declaró Zenda.

—Le enviaremos la comunicación oficial en el momento oportuno, señorita —dijo Rigoph—. Y ahora, con el permiso de su excelencia-

Eva sonrió.

—Yo también me retiro —manifestó—. Le veré más tarde, Adam. El joven se inclinó. Instantes después, quedaba a solas con Zenda. Ella palmoteo.

—Es una noticia estupenda, ¿no te parece, Adam?

—Sí, maravillosa —contestó él, un tanto preocupado.

Presentía que la oferta del ministro, tan atractiva por otra parte, encerraba una trampa, aunque no sabía distinguir con claridad cuál era el objetivo final.

—Podríamos celebrarlo de forma adecuada —dijo Zenda.

—¿Cómo, preciosa?

—Aquí hay demasiada gente. Estaríamos mucho mejor en mi apartamento. ¿Qué te parece, Adam?

Drey volvió a contemplarla y sonrió.

—Es una idea estupenda —accedió.

*

*

*

Estaba sentado en su diván, con los ojos entornados, casi adormilado, cuando, de pronto, oyó un tenue zumbido. Tocó el botón de conexión y la pantalla del televisor se iluminó en el acto.

El rostro de Eva se hizo visible en el cristal esmerilado.

—Adam. ¿puedo ir?

—Desde luego —contestó él.

Cinco segundos más tarde, Eva se corporeizaba en la estancia. Miró al joven y sonrió.

—La traslación instantánea es algo maravilloso —dijo.

—Sí, aunque siempre me he preguntado por qué los robots no han construido nada semejante —respondió Drey.

—Sus mecanismos resultarían gravemente afectados, cuando no destruidos, por una energía que, en cambio, no causa el menor daño al organismo humano —explicó la joven —. Adam, ¿no me ofrece siquiera una taza de café?

—Perdone, no me había dado cuenta… Siéntese, por favor.

Drey fue a la dispensadora de alimentos y ordenó dos tazas de café. Luego volvió a la sala y entregó una a su visitante.

—¿Qué tal Zenda? —preguntó ella, pasados unos instantes.

—Bien, es una chica muy bonita.

—Y sensible.

—Psé… Uno no se puede quejar… Eh, no me haga preguntas indiscretas… Eva se echó a reír.

—No tema, no me interesan ciertos aspectos de su vida privada. Además, me doy cuenta perfectamente de que si ella es guapa, usted resulta enormemente atractivo.

—Gracias, aunque debo decir que Zenda me ofreció una copa en su apartamento. Si usted lo habría hecho, no hubiese aceptado su invitación.

—Recuerde mi cargo, Adam.

—Pero es una mujer, Eva.

—El cargo obliga mucho —suspiró ella—. Bien, ¿qué tal la entrevista con el ministro?

—Totalmente satisfactoria. La semana próxima viajaré a Dover. Empezaremos de inmediato. Antes de tres meses, tendremos construido ya el primer tramo del puente.

—Son siete tramos, creo, de modo que en menos de seis meses quedará terminado el puente.

—Es cierto. Sin embargo, no comprendo qué utilidad puede tener el puente en una época en que el transporte aéreo funciona tan satisfactoriamente.

—Adam, a pesar de todos los adelantos, el tráfico terrestre y el marítimo siguen teniendo su importancia. En la antigua región británica se van a montar enormes complejos industriales. Es una operación combinada de la Tierra y el Imperio, que necesita máquinas construidas en este planeta. El puente servirá para el transporte de mercancías en ambos sentidos, sin contar el interés turístico que indudablemente tendrá para los humanos.

—Comprendo. Debo suponer, por tanto, que el Imperio financia, al menos en parte, la construcción de ese puente.

—Supone bien —sonrió la joven.

—Apostaría algo a que usted ha usado su influencia para que me otorgaran la dirección...

—Perdería, Adam —dijo Eva, muy seria—. La primera sorprendida fui yo al conocer la noticia. Sabía que se iba a construir el puente, desde luego, pero no tenía la menor idea del ingeniero que iba a dirigir la obra. Aunque el Imperio financia la mayor parte de los gastos, la materialidad de la obra, sin embargo, queda en manos de ustedes, los terrestres, sin que nosotros podamos intervenir en ella.

Drey torció el gesto.

—Una nueva obra que tendremos que agradecer a los robots —refunfuñó.

—¿Le molesta?

El joven guardó silencio. Eva hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, le molesta y le irrita —añadió—. Se siente humillado, porque no es un humano el autor de la idea y porque, aunque tenga plenos poderes en la dirección, a fin de cuentas, trabajará a las órdenes de un robot.

—¿Y qué, si es así? —contestó él de mal talante—. Tengo derecho a pensar...

—Pero no tiene derecho a poner en peligro vidas ajenas, que es lo que sucederá indefectiblemente, si continúa con sus disparatadas acciones.

—¿Insinúa que podría haber represión...?

—¿Qué gobierno no se defendería de unos rebeldes que

quieren derrocarlo? La ley está a su favor, Adam, no lo olvide.

—Pero deberíamos cambiar la ley... Nadie quiere...

—Nadie quiere, porque todos recuerdan lo que los robots hicieron después de la III Guerra Mundial, mil trescientos años atrás. Y si usted es un poco sensato, abandonará sus belicosos proyectos y se dedicará de lleno a su profesión, en la cual puede alcanzar señalados éxitos.

De nuevo sobrevino otra pausa de silencio. Al cabo de unos instantes, Drey hizo un esfuerzo por sonreír.

—Está bien, lo dejaré por ahora. Pero mi desistimiento no es definitivo, quiero que lo comprenda, Eva —dijo al cabo.

—Acabará por convencerse de que es la mejor postura —aseguró la joven, a la vez que se ponía en pie.

Apoyó los dedos sobre la hebilla de su cinturón y sonrió.

—De todos modos, iré a verle de cuando en cuando —se despidió.

Drey se quedó solo, entregado a sus meditaciones. Presentía la encerrona, pero no tenía la menor idea de cuándo sucedería ni qué ocurriría. Se preguntó si los robots eran eternamente rencorosos y no olvidaban jamás un insulto recibido.

Sylia le arrancó a sus poco consoladoras reflexiones, llamando minutos más tarde. La policía le miró con cierta severidad.

—Me he enterado de la noticia —dijo sin más.

—¿Quieres café? ¿O prefieres una copa de vino?

—No me apetece beber nada —contestó ella desabridamente—. Has aceptado el cargo —agregó.

—¿Podía rechazarlo?

—Evidentemente, no, aunque te diré algo interesante.

—Te escucho, Sylia.

—Ten cuidado. Abandona tus locas ideas. Piensa en Kalahy.

—Me vaticinas un final idéntico si no desisto de mis proyectos.

—Voy a serte sincera, Adam —declaró la joven—. Cuando se acabó la III Guerra Mundial, la Tierra era una bola infectada de radiactividad, en la que apenas si quedaban unos cuantos millones de personas sobreviviendo miserablemente. Era un mundo totalmente en ruinas, pero tuvimos la gran suerte de que ya se hubiera iniciado la construcción de los primeros robots.

»Estos no se sentían afectados por las radiaciones y se al pusieron al trabajo de inmediato. Para los robots, el tiempo no cuenta y trabajaron de firme, "reproduciéndose" en ejemplares cada vez mejores. Sus conocimientos de toda clase aumentaron con el paso del tiempo y consiguieron eliminar por completo toda señal de radiactividad de la superficie del planeta. Hubo, como consecuencia de las radiaciones, muchas mutaciones genéticas entre los seres vivientes, tanto humanos como animales y plantas. Los robots eliminaron esos defectos genéticos, salvo los que podían mejorar las razas y los nombres, los animales y las plantas, volvieron a ser como eran desde el principio.

»Y se acabaron las guerras —prosiguió Sylia apasionadamente—, y los hombres vivieron en paz, y su número creció y se alejaron las enfermedades y el promedio

de vida creció hasta superar los doscientos años. Hay paz, hay tranquilidad, no hay apenas crímenes... y por esas razones y muchas más, quiero que continúe el gobierno de los robots. A mí no me importa estar gobernada por una máquina, si con ello vivo tranquilamente y sin el espectro de una guerra en lontananza, sin una espada de Damocles suspendida constantemente sobre mi cabeza. ¿Lo entiendes ahora?

Sylia terminó su discurso casi sin aliento, el pecho rotundo marcándose con firmes curvas bajo su ropa y subiendo y bajando con gran rapidez. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos despedían fuego.

—Te he entendido —contestó el joven serenamente—. Eso quiere decir que, si me desvío de la legalidad, me combatirás...

—¡Te aplastaré sin misericordia! —exclamó Sylia—. Recuerda esto siempre, Adam... Tienes treinta y cinco años; te queda bastante más de siglo y medio de existencia. No acortes este plazo.

Sylia dio media vuelta y salió dando un portazo. Y Drey volvió a sentirse preocupado, porque ahora sabía que contaba con un nuevo enemigo y que sería implacable, si un día tenían que enfrentarse.

Comprendía muy bien las razones de Sylia, pero, se dijo, mientras pegaba un fuerte puñetazo sobre la mesa, ¿no había ningún medio de sustituir el gobierno mecánico por otro de seres humanos?

—Parece que no lo hay —se resignó al cabo. Al día siguiente, le llamó Eva.

—Adam, tengo que salir de viaje. He de rendir el informe anual al emperador y eso es algo que se debe hacer personalmente. Estaré ausente un par de meses. Me gustaría despedirme de ti.

Drey sonrió. Ella le tuteaba.

—Será un placer —contestó—. ¿Cómo y cuándo?

—Ven mañana a cenar conmigo. A solas, claro.

-¿Hora?

—Las siete y media, Adam. A menos que tengas otro compromiso... Drey pensó un instante en Zenda, pero fue un pensamiento muy breve.

—Si tuviera otro compromiso, lo rompería sin dudarlo —respondió.

—Muy bien, hasta mañana, Adam.

—Hasta mañana, Eva.

CAPÍTULO VII

Fue una velada deliciosa y, después de la cena, salieron a pasear por el jardín de la residencia. Al cabo de un rato, él hizo una observación:

—Me extraña tu nombre. Es terrestre.

—Desde luego, aunque no tiene nada de extraño. Mis antepasados proceden de la Tierra. Un Sharkan emigró hará unos doscientos años, casado y ya con hijos, y éstos matrimoniaron con nativas del Imperio. No hay discriminación alguna entre nosotros, debieras saberlo, Adam.

—De acuerdo, pero, a pesar de todo, ocupas un puesto muy elevado. Ya sé que el imperio abarca más de ciento cincuenta planetas y que en cada uno de ellos hay un delegado de S.G.M. Sin embargo, sólo son ciento cincuenta cargos de alto rango para centenares de miles de millones de seres humanos.

—Bien, la explicación es sencilla. Un nieto del primer Sharkan se casó con una nativa, lejana pariente del emperador que reinaba entonces. Y el hijo de ese nieto, a su vez, se casó con la cuarta hija del siguiente emperador. Esa hija no tenía derecho a reinar, a menos que falleciesen sus tres hermanos mayores, cosa que, por fortuna, no sucedió.

—¿Matrimonios de conveniencia o de amor? —preguntó el maliciosamente.

—La cuarta hija vive todavía, es mi bisabuela y sé que fue inmensamente feliz en su matrimonio. Aunque debo admitir que los Sharkan fueron unas águilas para los negocios y que, merced a ello, alcanzaron una elevada posición.

—En resumen, eres de sangre real.

—No lo puedo evitar, aunque tampoco me aprovecho de ello. El emperador, cuando tuvo que enviar a la Tierra un nuevo delegado, me consultó para ofrecerme el puesto y yo acepté, eso es todo.

—Bien, de todas maneras, no voy a quejarme de haberte conocido.

—Tampoco te lamentas de haber conocido a Zenda, tu ayudante

—Oh, fue algo sin importancia. No he vuelto a verla desde la noche de la fiesta.

—Pero ahora la verás a diario, porque trabajaréis juntos.

—No puedo evitarlo, Eva. Ella sonrió suavemente.

—Es muy hermosa.

—Es otra clase de belleza, muy distinta de la tuya.

—Ten cuidado, no te vayas a quemar.

—Lo procuraré, aunque espero no abrasarme. Otra cosa sería si fueses tú mi ayudante.

—¿Lo crees así?

Drey dio un paso y rodeó la cintura de la joven con sus brazos.

—¿Cometo una falta de protocolo si beso a la representante personal de Su Galáctica Majestad?

—Prueba y te lo diré —contestó ella, mirándolo retadoramente.

Drey se inclinó hacia el rostro de la joven. De repente, cuando ya iban a unirse sus labios, creyó oír un ruidito extraño en las inmediaciones.

Una fuerte sacudida agitó su cuerpo. Eva se sintió extrañada al ver que Drey se retiraba un tanto.

—Adam. ¿qué ocurre? —exclamó.

El joven no contestó. De pronto, soltándola, se abalanzó hacia un macizo de arbustos que había en las inmediaciones.

Una silueta surgió de los arbustos y echó a correr hacia los límites del jardín. Drey emitió una maldición.

—¡Párate, espía de todos los diablos...!

Era ágil y corría más que el fugitivo, al que alcanzó en cedía docena de saltos. Cuando ya le ponía la mano encima, el hombre se revolvió y le asestó un terrible golpe de revés, que lo hizo caer al suelo instantáneamente.

Drey sintió un espantoso dolor en el hombro izquierdo. Inmediatamente comprendió que el golpe había sido dado per una mano de metal.

A favor de la sorpresa, el robot continuó la huida. Bruscamente, un hombre se apareció ante el fugitivo, con una pistola en la mano.

Era uno de los guardias de la residencia. La pistola despidió un destello luminoso y el robot se detuvo en el acto, para desplomarse al suelo un segundo más tarde.

Eva apareció a los pocos instantes.

—¡Adam, Adam! ¿Dónde estás?

—Aquí —contestó el joven, haciendo esfuerzos para levantarse—. Ese maldito robot me golpeó con todas sus fuerzas... , Varios hombres surgieron de inmediato. Uno de ellos se disculpó ante la joven.

—Señora, nos sentimos avergonzados —declaró—. Ese intruso se nos coló sin que lo viéramos, aunque me imagino que anuló todos los sistemas de alarma. De todas formas, lo comprobaremos inmediatamente.

—Está bien, capitán —respondió ella—. Adam, ven a casa, allí podré atenderte, si estás herido.

—No, aunque el hombro va a dolerme durante un

montón de días —aseguró Drey, torciendo el gesto—. Me pregunte qué demonios podía hacer un robot en el jardín...

—Eso lo sabremos muy pronto. ¡Capitán!

El jefe de los guardias acudió de inmediato.

—Excelencia...

—Haga que lleven el robot a casa —ordenó Eva—, Está inutilizado, supongo.

—Sí, señora; le disparé una descarga paralizante que afectó a sus circuitos motrices.

Ahora están fundidos, pero, en cuanto se pongan unos nuevos, el robot funcionará perfectamente otra vez.

—Sospecho que trataba de asesinarme —dijo Drey.

—No. Yo pienso que quería hacer otra cosa... Capitán llame inmediatamente al consejero de Industria. Quiero que acuda a la residencia lo más pronto que le sea posible.

—Sí, señora.

Eva agarró al joven por un brazo.

—Vamos, Adam; de todos modos, quiero ver el lugar donde has recibido el golpe

—dijo cariñosamente.

Una hora más tarde, un hombre entró en el salón donde conversaban los dos jóvenes. El médico de la delegación había examinado a Drey, sin encontrarle fracturas ni daños importancia, salvo la contusión derivada del golpe. Drey tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo, precaución aconsejada por el galeno para unos cuantos días.

El consejero de Industria tenía un objeto en la mano.

—He encontrado una cinta grabada, señora —informó- . El robot no tenía otra misión que la de registrar todo cuanto pudiera captar con sus circuitos audiovisuales, sin causar daño a nadie. En la cinta, se les ve a ustedes dos...

El consejero se interrumpió con un carraspeo.

—Bien, señora, usted sabe mejor que yo lo que pasó en jardín —añadió—. Eso es todo, salvo que en circuito de instrucciones hemos encontrado grabada la orden de espiar todo cuanto sucediera aquí a partir de las siete y media de tarde.

Eva cambió una mirada con el joven. Luego dijo:

—Gracias por todo, consejero. Eso es todo.

La cinta quedó sobre una mesa. Drey se levantó, cogió diminuto cartucho, no mayor que la uña de su pulgar, y lo hizo saltar unos instantes en la palma de la mano.

—De modo que alguien le dio la orden de espiarnos -dijo, pensativamente—. ¿Se te ocurre a ti algún nombre, Eva?

—No —respondió ella.

—Alguien, muy alto, dio esa orden, pero fue lo suficientemente astuto para que su identidad no quedase registrada en la cinta. Me pregunto por qué harían una cosa semejante. Aunque lo más probable es que quisieran perjudicarte de alguna manera ante el emperador, ¿no te parece?

—Es posible —admitió Eva.

—¿Piensas presentar una reclamación diplomática?

—Pues... sí, aunque sólo sea por pura fórmula. Lo contrario les haría sospechar.

— También sospecharán si les devuelves el robot sin la

cinta.

—Eso es verdad —reconoció Eva desanimadamente.

—Se me ocurre una idea. Haz que tu consejero de Industria saque una copia de la cinta y que luego borre el original, poniéndolo nuevamente en su sitio. Si es un experto en robótica, como me imagino, podrá hacerlo de forma que haya una desconexión que pueda ser achacada a una avería imprevista. ¿Qué te parece?

—Una brillante idea —contestó la joven—. Lo haré ahora mismo, Adam.

—Bien, en tal caso, no te quiero entretener más. Llámame en cuanto vuelvas de la capital del Imperio.

—Sí, Adam.

Volvieron a mirarse. Drey sonrió y esta vez sí pudo besarla, aunque el contacto de las dos bocas fue muy breve.

—Te echaré de menos —aseguró al despedirse.

*

*

*

En los dos meses siguientes, los trabajos para la construcción del puente habían avanzado de forma extraordinaria. El primer tramo, de cinco mil metros de longitud, estaba a punto de ser construido.

Cuatro gigantescos pilotes, cilíndricos, de más de cien metros de diámetro, se hundían en el mar. Unidos entre sí por un entramado de robustas vigas de cemento, con alma de acero, formaban una pilastra que tenía casi trescientos metros de anchura.

En la plataforma superior, gigantescas máquinas elaboraran el cemento que luego, por cintas sin fin, era conducido al lugar donde debía fraguar, mediante un secado ultrarrápido. Al mismo tiempo, largas varillas de acero, de cinco centímetros de grosor, eran soldadas eléctricamente, en el centro de la masa, formando así el núcleo en torno al cual se aglomeraba la masa liquida de cemento, que crecía de este modo en sentido prácticamente horizontal y a razón de unos ocho metros longitudinales por hora. Pero la anchura total del puente sería de doscientos metros, con el grosor suficiente, y ésta era la cantidad global en que la estructura crecía día a día, a razón de doscientos metros por jornada.

Los trabajos no se interrumpían en ningún momento.

Cuatro turnos de operarios,
humanos y robots, actuaban incesantemente, manejando máquinas de todas clases, así como infinidad de vehículos de transportes. En el lado de la costa, otra plataforma idéntica contenía igual número de máquina y de hormigoneras.

El cemento y el agua afluían constantemente, así como la varillas de metal, mediante un bien concertado sistema de transporte terrestre, aéreo y marítimo. A veces, Drey se preguntaba si su dirección no era algo nominal. Apenas si tenía que hacer otra cosa que seguir unas instrucciones elaborada hacía ya muchísimo tiempo y contenidas en varios grueso tomos, con cientos de páginas cada uno.

Pero el trabajo le agradaba. Dos días más y el primer tramo del puente quedaría terminado.

Luego vendría la colocación de la siguiente pilastra, a

cinco kilómetros de distancia y
la elaboración del cemento que constituiría el nuevo tramo. Sería un orgullo de la técnica de siglo XXXIV, una maravilla

que las futuras generaciones admirarían indudablemente.

—A pesar de todo, no acabo de verle la utilidad —dije aquel día, al finalizar su jornada de trabajo.

—¿Por qué? —preguntó Zenda.

—Bueno, todo puente es útil, al fin y al cabo, pero... unir la antigua Gran Bretaña con el territorio francés... Sospecho que no van a ser muchos los vehículos que usen el puente…

—El puente se construye para el mañana, cuando en las islas haya las factorías suficientes... sin contar con el turismo que viajará en ambos sentidos...

—Sí, puede que tengas razón. De todos modos, ellos lo han dispuesto y a nosotros no nos toca sino obedecer. Zenda, quiero decirte una cosa.

—Habla —contestó ella.

—Esta noche... tú y yo... no tenemos nada que hacer... Zenda arrugó el entrecejo.

—Lo siento —contestó.

Drey avanzó un paso y agarró su brazo.

—Pero, mujer... Todo está en orden; los segundos ayudantes cubren nuestros puestos a satisfacción...

—Déjame —exclamó ella desabridamente—. No quiero que me toques. Adam. Drey puso cara de sorpresa.

—Siento haberte molestado —se disculpó.

Zenda se llevó una mano a la frente.

—Dispénsame, tengo una jaqueca muy fuerte...

—Nos veremos mañana —dijo él, mientras se encaminaba hacia la puerta.

Salió del barracón donde tenía la oficina de mando y busco su aeromóvil para dirigirse al hotel en que se hospedaba. Sentíase preocupado por la actitud de Zenda.

Habían pasado la noche juntos cuando se conocieron por primera vez. Entonces, ella se había mostrado como una mujer ardiente, llena de fuego... pero no se había vuelto a repetir un encuentro tan satisfactorio.

Zenda le había rechazado sistemáticamente todas las veces que intentó la aproximación. Ella no tenía ningún compromiso y a Drey no le parecía lógico aquella desviación.

Sobre todo, si recordaba una frase que Zenda había pronunciado en el momento de la despedida, cuando él se disponía ya a abandonar el apartamento de la joven:

—Esto se repetirá muchas veces, Adam, muchísimas veces...

Pero luego no había cumplido su palabra. Ya no había habido más encuentros. Ni siquiera le había permitido besarle. ¿Por qué esa actitud?

Se encogió de hombros. Al día siguiente, tendría mucho trabajo; era preciso inspeccionar el plan de pruebas del primer tramo del puente. Lo harían en la forma clásica: largas hileras de camiones, pesadamente cargados, ocupando toda la extensión del tramo.

Necesitaría todos los vehículos disponibles. Y aunque contaba con un ordenador que le facilitaría todos los datos necesarios, en ocasiones prefería confiar en sí mismo.

Y en los resultados que obtenía con un lápiz y un papel

CAPÍTULO VIII

Visto de frente, el tramo construido parecía recto. Pero si uno se situaba en uno de sus extremos, se apreciaba la curvatura necesaria para una mayor solidez de la estructura.

La curvatura, sin embargo, no era excesiva. En el punto máximo, tenía unos sesenta metros de cuerda, lo que daba una pendiente de 1,2 por ciento, apenas perceptible para los potentes motores eléctricos que proporcionaban energía a todos los vehículos.

Uno tras otro, los gigantescos camiones entraban en el puente y lo cruzaban a marcha lenta. Cada vehículo pesaba unas cincuenta toneladas y llevaba cien de carga. La longitud total de cada camión era de sesenta metros y su anchura de diez.

Había ocho camiones por cada hilera, teniendo en cuenta la separación que debía existir entre cada uno de ellos. Cada columna tenía unos sesenta y cinco, de modo que el total de vehículos que iban a situarse sobre el puente superaba largamente la cifra de quinientos.

El peso total que soportaría el puente rozaría las ochenta mil toneladas. Era excesivo en cifras, aunque no según los cálculos de solidez. Normalmente, no habría quinientos camiones pesados al mismo tiempo en un solo tramo ni todos estarían cargados a tope. En un día de máximo tránsito, podía haber, a la vez, treinta o cuarenta camiones, circulando en ambos sentidos y en toda la longitud del puente, además de los vehículos de menor tamaño. La carga seria diez veces menor y repartida entre siete tramos, en lugar de pesar en uno solo.

Uno tras otro, los camiones, tripulados indistintamente por robots y humanos, iban entrando en el puente y situándose en los lugares previamente asignados y marcados en el suelo. Cuando un camión se paraba, su conductor saltaba al suelo y se reunía con los vecinos para charlar y cambiar impresiones sobre un hecho que, según decía la propaganda iba a marcar un hito en la ingeniería de la Tierra.

La altura del puente sobre el mar era de unos ciento

veinte metros. Los laterales estaban protegidos por sólidas barandillas, capaces de soportar el impacto de un camión imprevistamente desviado de su ruta. Muchos de los conductores y también operarios, se hallaban en el puente, contemplando las aguas desde el parapeto y disfrutando de la magnífica temperatura de aquel día.

Habían entrado ya casi quinientos camiones y solamente faltaban unas dos docenas. Drey contemplaba el espectáculo desde las inmediaciones de su oficina. Sentíase orgulloso del trabajo, aunque no pudiera considerarlo estrictamente suyo.

Alguien gritó su nombre súbitamente:

—Señor Drey, le llaman por videófono —dijo uno de los capataces.

—Que espere el que sea...

—Es muy urgente, señor —insistió el hombre—. Le llama una tal Eva Sharkan... Drey lanzó una exclamación de alegría.

-¡Eva!

Y echó a correr hacia el barracón.

El videófono estaba encendido. La pantalla tenía las dimensiones suficientes para poder ver a la joven en tamaño natural.

—Eva, cuánto me alegro de verte...

—¡Adam, suspende inmediatamente la operación! —gritó la joven—. Ordena retirar todos los camiones del puente, ¿me has oído?

Drey se quedó estupefacto.

—Pero... ¿A qué viene eso?

—Haz lo que te digo inmediatamente o se producirá una catástrofe. El puente corre peligro de hundirse

—Eso es imposible. Los cálculos...

Drey se calló de pronto. Fuera se oyó un terrible crujido. Con ojos desorbitados, miró a través de la ventana más próxima, desde la que se divisaba una vista espléndida y que le permitía dominar toda la estructura construida hasta aquel momento.

El puente se quebraba. La parte central empezaba a ceder.

Un camión se ladeó repentinamente, se deslizó unos cuantos metros, chocó contra el parapeto y lo curvó, aunque sin romperlo. El siguiente camión golpeó al primero y la barandilla cedió.

Más crujidos se oyeron, llenando con sus tétricos sonidos el ambiente de aquel espléndido día. El puente se desmoronaba.

Sonaban gritos de terror. Algunos humanos, enloquecidos, saltaban al mar desde el borde, tratando así de escapar a una muerte segura entre los escombros del puente.

Súbitamente, la estructura cedió, se quebró, se deshizo en cientos de fragmentos, que caían a las aguas del canal, con todo cuanto sostenían hasta entonces: hombres, robots y camiones. Colosales chorros de espuma subían a enorme altura, mezclados con nubes de polvo causadas por la destrucción del puente. El fragor del hundimiento acalló los alaridos de terror de los humanos atrapados en la catástrofe y de quienes la contemplaban desde lugar seguro.

Drey sintió que le flaqueaban las piernas. Oyó que Eva le gritaba, pero tardó algunos segundos en percibir sus sonidos de forma inteligible.

—¡Adam, Adam! ¡Contéstame! ¿Qué pasa? ¿Por qué no me respondes?

El joven se volvió hacia la pantalla. Eva le miró y creyó que estaba ciego. Incluso sintió miedo al apreciar su expresión.

—Tu aviso ha llegado demasiado tarde —dijo Drey con voz opaca—. El puente ya se ha hundido.

*

*

*

Abrumado por la catástrofe, horriblemente fatigado por los trabajos de rescate, en los que había tomado parte como uno más, regresó a su oficina. Era ya de noche y se preguntaba una y otra vez qué había podido fallar en los cálculos, cuando todo parecía indicar que habían sido correctamente realizados.

Empezó a pensar en la posibilidad de un sabotaje. Pero ¿cómo podía ser, si los detectores comprobaban incesantemente la calidad de los materiales? De haber habido alguna partida de cemento o de hierro en estado defectuoso, los detectores lo habrían señalado inmediatamente. De hecho, había ocurrido en más de una ocasión y el material de mala calidad había sido sustituido en el acto.

¿Una traición? Pero, ¿de quién?

Eva quería verle muy pronto: tenía algo importante que comunicarle, le había dicho, después de conocer la noticia, aunque la entrevista había de ser personal, y no quiso añadir más por el videófono. Sin embargo, Drey iba a enfrentarse ahora con muchos problemas y tardaría bastante en poder ir a la residencia de la delegada imperial.

Así razonaba cuando llegó a su oficina. Abrió la puerta y vio a Zenda de espaldas a la entrada y frente al televisor.

La pantalla estaba apagada, por lo que no pudo ver al interlocutor de la joven, aunque sí podía oír su voz, al continuar abierto el circuito de sonido. Zenda no se dio cuenta de su llegada.

—Todo ha salido como proyectamos —decía la joven en aquel momento.

—¿Sospecha algo? —preguntó el desconocido.

—Nada, en absoluto.

—Está bien, Zenda. Sigue como hasta ahora; yo me ocuparé del resto.

—Sí, señor.

La furia hirvió en el pecho del joven. En un instante comprendió la traición de que había sido objeto. No sabía cómo lo había hecho Zenda, pero tenía la seguridad de que ella era tan culpable como su desconocido cómplice.

Un rugido de rabia brotó de sus labios. Zenda le oyó y se volvió en el acto.

—¡Adam!

Drey avanzó hacia ella.

—¡Maldita, me has traicionado...!

—Espera, Adam, deja que te explique...

—No tienes que explicarme nada. Lo he oído todo, ¿comprendes?

Zenda retrocedió un paso. Tanteó con la mano y se apoderó de una pesada regla.

Drey se la arrebató de un manotazo. Luego golpeó con todas sus fuerzas, con el canto de la regla.

El golpe alcanzó a Zenda en el centro de la frente. Drey

esperaba oír un grito de dolor,
pero lo único que brotó de los labios de la joven fueron unos sonidos ininteligibles, acompañados de unos crujidos que no tenían nada de humanos. No eran crujidos da una frente rota.

Zenda se desplomó
al suelo y empezó
a humear. Drey se
quedó atónito.

— *¡Era un robot!*

Se pasó una mano por la frente. Su cerebro era un torbellino en el que se agitaban mil ideas contradictorias.

—¿Cómo es posible que Zenda...?

Había pasado una noche con ella, la había tenido en sus brazos, había percibido claramente el ardor de sus besos, el fuego pasional de su cuerpo lleno de atractivos... Un robot no habría podido simular sentimientos y sensaciones propias de un humano, por perfecta que fuese la imitación que realizase de tales actos.

Empezó a sospechar que Zenda había sido sustituida por un doble mecánico. El robot que ahora yacía a sus pies no le había permitido la menor caricia en dos meses, ni siquiera un beso...

Le habría gustado que Zenda estuviese «viva» para preguntarle por la suerte que había corrido la auténtica. «¿La habrán matado?», se preguntó.

La puerta de la oficina se abrió bruscamente. Tres personas aparecieron en el umbral. Una de ellas era Sylia Mahez, ahora con insignias de mayor en su uniforme. Dos policías más la acompañaban y, por el brillo de sus pupilas. Drey supo que eran robots.

Sylia lanzó una mirada al cuerpo tendido en el suelo y del que todavía se desprendían débiles columnitas de humo.

—Lo has hecho tú —acusó. Drey sacó el pecho.

—Sí —admitió.

Sylia meneó la cabeza.

—Un robot más destruido, ¿qué importancia puede tener, cuando han muerto cientos de humanos y otros tantos robots están en el fondo del canal? Adam, fui amiga tuya, pero ahora debo cumplir con mi deber. Espero que lo entiendas.

—¿Tu deber? ¿Vas a arrestarme?

—Exactamente. La acusación es de negligencia, que derivó en sabotaje, con destrucción de enseres propiedad del gobierno y pérdida de vidas humanas. Cuando llegue el momento, podrás dar tu versión a la computadora que actuará como tu defensor. Mientras tanto, permanecerás en prisión hasta que llegue el momento del juicio.

Hubo un instante de silencio. Drey cerró los ojos.

Todo había sido una trampa. Le consideraban demasiado peligroso y matarlo en una refriega callejera habría resultado

peligroso, porque habrían originado un mártir en el que otros humanos habrían podido mirarse para luchar contra el dominio de los robots.

Contra la acusación de sabotaje, nadie protestaría.

¿Era posible que el gobierno se hubiese gastado centenares de miles de millones en construir un puente para luego destruirlo y así poder acusarle de algo contra lo que nadie le defendería?

«Pero, ¿qué puede importarle el dinero a un gobierno de

robots?», pensó.

Todos aquellos pensamientos cruzaron por su mente en fracciones de segundo. No, no podía dejarse arrestar. No iba a permitir que lo desintegrasen como a su amigo Kalahy.

Repentinamente, emitió un agudo grito, a la vez que se precipitaba hacia adelante con todas sus fuerzas.

Sorprendida, Sylia no tuvo tiempo de reaccionar. Drey le propinó un terrible empujón, lanzándola contra uno de sus subordinados. Sylia y el robot rodaron por tierra, en confuso montón de miembros que se agitaban frenéticamente.

El otro robot policía intentó sacar su pistola. Drey no cometió el error de atacarle a puñetazos; se habría destrozado las manos contra su cuerpo metálico. De nuevo dio un remendó salto, con las manos adelantadas, y empujó al robot con tremenda violencia.

La máquina cayó hacia atrás, chocó contra la pantalla del videófono y se produjeron una serie de estallidos, mezclados con agudos chispazos de vivos colores. La cabeza del robot se torció a un lado y su cuerpo empezó a humear.

Sylia empezaba a recuperarse. Drey, sin remilgos, la asesto un tremendo puntapié en la cara, dejándola sin sentido. El otro robot se había averiado igualmente.

Drey salió del barracón. En la puerta, algunos hombres le contemplaron con curiosidad, aunque no había hostilidad en sus rostros.

Atravesó los corrillos y se precipitó hacia el aeromóvil policial, parado a poca distancia. Atravesó la escotilla, se sentó ante los mandos y dio el contacto.

Un instante después, el aparato se elevaba raudamente haca las alturas. Drey se dijo amargamente que se había contenido en un proscrito, en un fuera de la ley, al que cualquier policía, humano o robot, podría abatir de un disparo. Se preguntó qué rumbo podría tomar, mientras reconocía interiormente que no había rincón de la Tierra en el que pudiera esconderse.

Aunque quizá sí, quizá había un sitio en el que encontraría un refugio seguro. Eva Sharkan, pensó, no le negaría s ayuda.

Algo más optimista, emprendió el vuelo en dirección a la capital, con el propósito de llegar a la residencia de la delegada antes de que le sorprendiesen las patrullas que, indudablemente, serían alertadas muy pronto.

CAPÍTULO IX

El aparato volaba a la máxima velocidad posible que, sin embargo, no era demasiada. Los aeromóviles policiales eran máquinas destinadas antes a una vigilancia de rutina que a la persecución de empedernidos criminales. Apenas había delincuentes y, por tanto, los medios eran más bien modestos. Los aviones de transporte público eran infinitamente más veloces. Según el indicador, Drey supo que volaba a menos de mil doscientos kilómetros a la hora.

Se retrepó en el asiento. Su suerte era que el motor tenía una carga indefinida, ya que funcionaba por energía solar. Aún faltaban varias horas para que anocheciera y no quería llegar a la residencia con luz diurna, a fin de evitar compromisos a Eva.

El aparato volaba ahora con el piloto automático. La mente de Drey no había dejado de funcionar desde el momento de la evasión. ¿Qué haría ahora? ¿Cómo lograría una defensa efectiva? ¿Tendría que pedir asilo político?

El delito de que se le acusaba no tenía nada que ver con

la política. Eva, por mucho

que le apreciase, no podría concederle refugio: inexorablemente, se vería obligada a entregarle a las autoridades terrestres. Pero ella era su único recurso en momentos tan críticos.

De repente, una lucecita empezó a parpadear en el cuadro de mandos. Drey frunció el ceño y presionó una tecla.

Una voz surgió inmediatamente de alguna parte:

—¡Aterrice! —ordenó alguien—. Tome tierra en el punto más próximo o lo derribaremos.

El joven se estremeció. Sumido en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que el radar señalaba la proximidad de una nave. Al mirar por la ventanilla más próxima, hacia su izquierda, divisó el aparato policial a unos doscientos metros de distancia.

No podía escapar; los cohetes serían más rápidos que su aeromóvil. Podía verlos allí, bajo la panza del otro aparato y

se imaginó a su piloto con el índice en el botón de lanzamiento.

—¡Conteste! —dijo la misma voz—. ¡Responda o haremos fuego!

—Está bien, me rindo —se resignó Drey.

—Reduzca la velocidad y descienda en vertical —le ordenaron.

—Sí, señor.

Drey manejó los mandos correspondientes. El aeromóvil perdió velocidad. Estaba a unos veinte mil metros de altura y empezó a descender oblicuamente primero y luego en una trayectoria perpendicular al suelo.

El otro aparato se situó tras él. Drey estudió sus movimientos por el radar y el visor de popa. Trató de calcular la forma mejor de salir de aquel apuro.

Muy despacio, modificó la trayectoria de descenso, haciendo que fuese un tanto oblicua al suelo, pero hacia atrás. Al mismo tiempo, redujo la velocidad de descenso.

El aeromóvil de la Policía no varió su rumbo, sensiblemente paralelo al de Drey. Pero el joven se acercó más y más y, al cabo de unos momentos y cuando ya estaban solamente a unos seis mil metros de altura, estaba situado sólo a veinte metros por delante y a cincuenta más abajo del otro aparato.

«Debe ir pilotado por un robot», pensó. Un policía humano no le habría dejado ejecutar aquella maniobra. O si, por que la verdad era que no estaban demasiado avezados a perseguir delincuentes.

Y entonces, de súbito, dio toda la potencia y ascendió como un cohete, a la vez que empinaba la proa. El piloto de la Policía lo advirtió demasiado tarde.

El aeromóvil de Drey rozó al otro por el lado izquierdo; en modo alguno quería Drey provocar una colisión directa. Pero aquel roce fue suficiente para que el otro aparato se ladease primero y luego diese una vuelta completa sobre sí mismo.

Era lo que el joven deseaba. El aeromóvil de la Policía quedó sin control y empezó a caer. Mientras, Drey ganaba altura a la vez que aceleraba al máximo.

Segundos más tarde, vio brillar un fogonazo anaranjado en el suelo. El aparato no habría explotado al choque, de una forma clásica, pero estaba provisto de cohetes y éstos sí lo habían hecho, originando su destrucción.

De nuevo tomó el rumbo anterior. Había salvado el primer obstáculo, pero... ¿conseguiría llegar a la residencia de Eva?

*
*
*

La sombra oscura llegó a la base de la tapia y, después de tomar impulso, saltó hacia arriba. Pasó al otro lado, cayó al suelo y avanzó en medio de la oscuridad.

De repente, un chorro de luz cayó sobre él.

—Quieto, amigo —dijo alguien—. No dé un solo paso más o lo convierto en humo.

—Soy Adam Drey —contestó el joven serenamente—. No he venido a robar. Quiero entrevistarme con la delegada.

—Podía haber venido por la puerta, ¿no?

—Estará vigilada. No podía arriesgarme a que me viesen, comprometiendo así a su

Excelencia.

—Está bien. A decir verdad, estábamos avisados de su posible llegada, señor Drey. Venga, por favor.

Drey se relajó. El vigilante no le traicionaría. Todos los miembros del personal de la residencia pertenecían al Imperio; ninguno era terrestre. Su fidelidad a Eva y al emperador era a toda prueba. Harían cuanto ella les ordenase, sin formular la menor objeción.

Fue introducido en un saloncito íntimo y aguardó unos minutos. Eva no tardó en llegar, con el pelo desordenado y anudándose el cordón de la bata.

Había lágrimas en los bellos ojos de la joven.

—¡Adam! Creí que nunca...

Drey sonrió, mientras tomaba sus manos.

—Me costó un poco, pero logré burlar las barreras de vigilancia —explicó.

—Tengo entendido que derribaste un aeromóvil de la Policía.

—No me quedó otro remedio. Me acusan de algo que no he hecho y no quiero ir a parar a la cámara de desintegración.

—Lo sé, Adam —respondió Eva—, Sé que eres inocente y, además sé también quién lo hizo.

—¿Es posible? —se asombró él.

—Ahora lo verás. Aguarda un momento, por favor.

Eva se acercó a un interfono y le miró oblicuamente.

—Tienes un aspecto desastroso. Seguramente, estarás muerto de hambre...

—Por ahora, me conformaría con una taza de café con unas gotas de coñac. Los nervios no me permitirían pasar un solo bocado.

—Está bien. —Eva dio una orden—: Por favor, café y coñac a la sala U.T.V.

—Sí, señora —contestó alguien.

Luego, Eva hizo un gesto con la mano.

—Ven, acompáñame —indicó sonriendo.

Drey la siguió. Abandonaron el salón, descendieron una escalera y se detuvieron luego ante una puerta blindada. Eva pronunció unas cuantas palabras, indudablemente una clave, pensó él, y la puerta giró a un lado en completo silencio.

Una doncella llegó en aquel instante con una bandeja en las manos. Eva indicó a Drey que la cogiese y luego los dos penetraron en una estancia sin ventanas, en una de cuyas paredes había una pantalla de enormes dimensiones.

—Adam, siéntate y sírvete tú mismo —dijo la joven.

Había algunos butacones y Drey ocupó uno de ellos, mientras Eva manipulaba en una consola de mando, situada al pie de la pantalla. Esta se iluminó a los pocos momentos.

Con la taza en la mano, Drey vio a Zenda recorrer las instalaciones del puente. La joven llevaba en la mano un tablero con hojas de papel llenas de cálculos. De cuando en cuando, se detenía a hablar con algunos capataces.

La pantalla mostró después una vista general del puente. Faltaban escasamente trescientos metros para que las dos mitades del primer tramo llegaran a unirse.

En aquel lugar, funcionaba una hormigonera gigante, alimentada automáticamente. Una cinta llevaba el cemento y el agua llegaba por medio de una manguera. No había nadie en aquellos instantes.

Zenda miró a un lado y a otro. Luego, con un gesto rápido, sacó algo del bolsillo y lo arrojó a la cinta transportadora. Repitió el movimiento un par de veces y se

alejó a continuación.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Drey.

—Ahora lo verás —respondió ella.

Eva detuvo la grabación, haciéndola retroceder al momento en que Zenda se disponía a lanzar aquellos diminutos objetos a la corriente de cemento. «Ralentizó» la imagen y, al mismo tiempo, manejó el control de aumento, hasta que la mano de Zenda llenó la pantalla casi por completo.

Los objetos tenían forma cuadrada y eran de color blanco.

—Azúcar —dijo Eva.

—Oh, no… —gimió Drey.

—Así se produjo el hundimiento —manifestó la joven—. Supongo que no ignoras las desastrosas consecuencias que un poco de azúcar puede causar en la mezcla de cemento y agua, ¿verdad?

—¡Dios mío! Nunca me hubiera imaginado una cosa semejante…

—No era la primera vez que lo hacía, Adam. Lo que sucede es que yo estaba fuera, como no ignoras, y los observadores no supieron explicarse lo que estaba haciendo tu primer ayudante. Uno de ellos, sin embargo, me llamó la atención acerca de este incidente y

dijo que se lo había visto hacer varias veces. Entonces fue cuando te llamé… pero mi aviso llegó demasiado tarde.

—Por desgracia para cientos de humanos inocentes —rezongó él.

—Adam, ¿cómo pudo traicionarte Zenda? Porque, si mal no recuerdo, tú y ella… Ejem, ejem… —tosió Eva maliciosamente.

—No tienes que preocuparte por esa traidora. La auténtica Zenda no me traicionó. Mi ayudante era una doble, una perfecta imitación, un robot, en suma.

Eva abrió los ojos enormemente. Drey vació la taza y volvió a llenarla, pero ahora de coñac.

—Por cierto, ¿dónde tenías instalada la cámara que tomó esas imágenes?
—preguntó—. Me extraña que los servicios de vigilancia, que no dependían de mí, no la hubieran localizado…

—No había cámara alguna, Adam.

Drey puso cara de extrañeza. Ella sonrió.

—Es un secreto que muy pocos conocen —continuó—. Es la U.T.V., o sea la Ultratelevisión, que permite captar imágenes en cualquier punto del globo, siempre que se conozcan previamente sus coordenadas, sin necesidad de cámaras situadas en las inmediaciones del lugar que se quiere observar. Cuando yo marché a rendir mi informe, dejé encargado que no dejaran de vigilar el puente en todo momento y que a la vuelta se me comunicase cualquier incidente extraño que pudiera haberse producido.

—¡Atiza! —exclamó Drey—. La U.T.V… Jamás había oído nada semejante… ¡Entonces, por eso estabas enterada de todos mis movimientos! —chilló.

Eva asintió.

—Lo siento, porque no es mi costumbre espiar a las personas, pero cuando empecé a
sospechar de ti, después de nuestro primer encuentro, hice que siguieran todos tus pasos.

—Y así supiste de mis entrevistas con Divitto, el

prestidigitador.

—El cual te enseñaba la forma de colocar un interferidor adosado magnéticamente a los cuerpos de los robots que «enloquecían» y que, además, obedecían tus órdenes. Un bonito truco, debo admitirlo —dijo ella con la sonrisa en los labios.

—Había que provocar la desconfianza de la gente humana hacia los robots —contestó él.

—Ahora, en cambio, desconfían de ti. El gobierno está haciendo una propaganda

intensísima en tu contra. No lo pasarás bien si te atrapan.

—Lo sé —dijo Drey, después de un nuevo tiento a la taza —. Y lo peor de todo es que no puedo pedirte asilo político.

—No te lo podría conceder, aunque, por ahora, tampoco es necesario que se divulgue la noticia de tu presencia en mi casa. Pero tarde o temprano se sabrá...

Drey se puso bruscamente en pie.

—Eva, hay otra cosa que me preocupa también, y más de lo que imaginas —manifestó—. Si sustituyeron a Zenda por un robot, ¿qué fue de ella? Quiero decir, de la original.

—No lo sé, no tengo la menor idea. Tal vez la asesinaron.

—Era una muchacha estupenda, llena de vida... No puedo imaginármela muerta... Pero, de todos modos, me gustaría saber qué ha sido de ella.

—¿Tanto te interesa?

—Verás, Zenda era inocente de cualquier cosa. Si la mataron, cometieron un crimen. El gobierno no puede acusar a un humano de un delito y cometer al mismo tiempo uno semejante. Si demuestro que Zenda ha sido asesinada, aunque luego me atrapen, el juicio, a la fuerza, tendrá que ser público. Rigooh y sus secuaces no quedarían muy bien parados si fueran acusados de la muerte de una humana inocente.

—Eso es cierto —convino Eva—, Pero, ¿cómo probarlo?

—Hay un medio —dijo Drey—. ¿Desde cuándo empezaron a tomar grabaciones de los trabajos del puente?

—Desde el momento en que fuiste allí y durante las veinticuatro horas del día.

—Zenda llegó dos días más tarde... Eva, yo estoy mortalmente cansado. ¿No puedes hacer que uno de tus subordinados repase las grabaciones a partir del momento en que Zenda se incorporó a los trabajos?

Ella hizo un gesto comprensivo.

—Ordenaré que empiecen ahora mismo —dijo—. Mientras, tú descansarás en la habitación que te he asignado en esta residencia.

Drey cogió una de las manos de la joven.

—Nunca podré pagarte esto que haces por mí —murmuró.

—Quizá no lo haga tan desinteresadamente como crees... pero, por ahora, no puedo darte más explicaciones. Anda, ve y no te preocupes de nada más que de dormir unas cuantas horas.

—Falta me está haciendo —suspiró él.

CAPÍTULO X

A Drey le pareció que había dormido solamente un par de minutos cuando sintió que le zarandeaban por un brazo.

—Despierta, Adam... Vamos, levántate, es muy urgente -

oyó la voz de Eva, como si

sonase en medio de una niebla muy densa.

Haciendo un esfuerzo, abrió los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Lamento no haberte dejado dormir más tiempo —dijo ella—. Pero ya sabemos qué ha sido de Zenda.

Drey se despabiló en el acto.

—¿Dónde está?

—Vístete y baja a la sala de U.T.V.

Drey corrió al baño. Consultó su reloj; había dormido poco más de cuatro horas, pero sabía que era suficiente, ya se sentía fresco y descansado.

Minutos más tarde, estaba frente a la pantalla. Eva le

ofreció una taza de café, que él

tomó con verdadero placer, cuando terminaba, vio a Zenda en una habitación sin ventanas, austeramente amueblada y con aspecto de sentirse sumamente deprimida.

—Está presa —adivinó.

—Sí —contestó Eva—. Pero todavía hay más.

Aguarda un momento, por favor. La imagen

cambió. Rigoph y Sylia aparecieron en pantalla.

—El ingeniero ha huido, excelencia —dijo la policía—, no sabemos dónde puede haberse escondido...

—Yo sí me lo imagino, aunque, por ahora, como no tenemos pruebas, no podemos hacer nada. Pero le aseguro que acabará por caer en nuestras manos, mayor.

—Lo buscaré aunque sea debajo de las piedras, señor —aseguró Sylia con gran vehemencia.

—Lo hará cuando llegue el momento. Y así ganará usted

los galones de coronel. Siga siempre a nuestro lado, junto los robots, y podrá escalar los más altos puestos en nuestro sistema.

—El gobierno robótico es justo y generoso. Me basta con la satisfacción del deber cumplido, excelencia.

—Farsante, hipócrita... —dijo Drey entre dientes.

Eva extendió una mano.

— Aguarda, aún no han terminado.

Sylia hizo una pregunta:

—Excelencia, ¿qué vamos a hacer con la prisionera? ¿No cree que sea peligroso mantenerla con vida?

Rigoph se echó a reír.

—Al contrario, la necesitamos viva. Cuando llegue el momento del juicio contra ese traidor, Zenda Kanix declarará que echó el azúcar en el cemento por orden del ingeniero

jefe. Hemos tomado grabaciones y las presentaremos como prueba. ¿Quién creerá que la que arroja el azúcar al cemento no es la auténtica Zenda Kanix?

—Pero ella declarará que no lo hizo...

—Mayor, ¿para qué está el acondicionamiento mental

Rigoph y Sylia se contemplaron en silencio durante uno instantes. Luego, ella se echó a reír.

—Ministro, es una lástima que no sea usted humano —dijo.

—Lo soy en todos los aspectos, excepto en uno... y nuestros científicos trabajan ya en ello. Quizá, un día, los robots podamos ser también humanos en la cuestión sexual.

—Lástima que no fuese ahora mismo —rió Sylia.

—¡Qué desaprensiva! —se escandalizó Eva—. Con un robot, por muy perfecto que fuese en todos los sentidos, yo… Jamás...

Se puso colorada hasta las orejas y se mordió los labios

—Adam, imagínate el porvenir que os espera —añadió.

—Negro —calificó él—. Pero, al menos, sabemos dónde está Zenda. Mejor dicho. Sabemos que está viva, aunque desconocemos el lugar donde la han encerrado.

—Zenda está en el sótano de la residencia privada de Rigoph.

Drey inspiró profundamente.

—Entonces, iré a sacarla de allí, antes de que destruyan su mente y consigan que se acuse de algo que no ha hecho —exclamó rotundamente.

Miró a la joven.

—No te opondrás, supongo —agregó.

—En absoluto —contestó Eva.

Drey se apoderó

de
sus
manos.

—Lo hago solamente porque es una buena chica. Pero entre ella y yo no… ¿Me entiendes?

La joven sonrió.

—Sí, Adam. Pero ten cuidado.

—No te preocupes.

*
*
*

Había algunos robots policías que se paseaban por el jardín que rodeaba la residencia privada de Rigoph. Al verlos, en la oscuridad de la noche, Drey se sintió sarcástico.

—Dicen que, como robots son superiores, pero les gusta vivir como humanos
—rezongó entre dientes—. Cuando les bastaría con una caja de embalaje para dormir…

Avanzó cautelosamente. En la mano llevaba un objeto que parecía una varilla, corta y gruesa, con una pequeña pero potente batería en la empuñadura.

Espero unos momentos. Cuando uno de los robots pasó por delante de él, saltó hacia adelante y aplicó el extremo de la varilla a su rostro desnudo, a la vez que apretaba el botón de contacto.

La descarga eléctrica fundió instantáneamente el circuito motriz principal del robot, que se paralizó en el acto. Drey tiró de él y lo hizo pasar al otro lado de unos arbustos.

En pocos minutos, se puso los ropajes del robot. Al terminar, avanzó con paso rítmico hacia el espacio despejado.

Un robot se cruzó con él.

—Todo en orden —dijo.

—Todo en orden —repitió Drey.

Había pasado largo rato observando las acciones de los vigilantes y sabía cómo debía actuar. Dio unos cuantos paseos más y luego, cuando vio que estaba solo, se encaminó directamente hacia la casa.

Buscó la puerta posterior. «¿Para qué diablos querrán puerta los robots, si nadie les va a robar?», pensó.

Abrió sin dificultad y avanzó hacia la escalera que conducía al sótano. La puerta del fondo sí estaba cerrada y, además, era blindada.

Drey no se inmutó por el obstáculo. Había ido preparado y sacó un diminuto soplete, con batería solar, cuya llama aplicó de inmediato a la cerradura.

La temperatura de la llama alcanzaba 6.000 °C. En pocos minutos, el metal quedó fundido como si fuese de mantequilla. Drey aplicó una ventosa a una zona menos caliente, tiró hacia sí y abrió.

Zenda estaba recostada en el camastro y le miró con ojos de pasmo. Drey se puso un dedo sobre los labios.

—No hagas ruido —dijo en voz baja.

Ella se sentó.

—Dios... —dijo ahogadamente—. No puedo creerlo... Adam, tú... El joven hizo un gesto.

—He venido a sacarte de aquí —explicó—. Anda, vamos, no podemos perder ya más tiempo.

Zenda se levantó de un salto.

—Lo recordaré mientras viva, Adam —dijo.

—Sí. Guardaremos memoria de todos estos hechos, no te quepa la menor duda —sonrió él.

—No sé por qué me encerraron... Jamás me dieron explicaciones... ¿Cómo va el puente, Adam?

—Se hundió. Murieron casi trescientos humanos.

—¡Horrible! ¿Qué pasó?

—Luego te lo contaré todo, pero, aunque te extrañe, puedes ser acusada del sabotaje que causó el hundimiento del primer tramo, cuando ya estaba concluido. ¡Anda, vamos!

Agarró la mano de la joven y tiró de ella hacia la salida. Momentos después, estaban en la puerta.

Drey miró a derecha e izquierda. El jardín aparecía libre de obstáculos.

—Paso libre —dijo.

Echaron a correr, pero, apenas habían dado unos cuantos pasos, la luz de varios reflectores cayó sobre ellos, al mismo tiempo que se oía una voz imperativa:

—¡Alto! ¡Deténganse los dos o les abrasamos vivos!

Drey se paró instantáneamente. A su lado, Zenda, desmoralizada por verse nuevamente atrapada, cuando ya estaba a dos pasos de la libertad, se echó a llorar amargamente.

Una sombra se destacó contra el resplandor de los focos.

—Estaba segura de que vendrías, Adam —dijo Sylia.

Drey se llenó los pulmones de aire.

—¿Te avisó alguien?

—No. Simplemente, me lo imaginé. Sabías que la otra Zenda era un robot y pensaste, lógicamente, que la auténtica seguía con vida, a fin de poder acusarla conjuntamente contigo.

—Sí, viva os serviría de mucho más que muerta — convino el joven cortésmente.

—Exacto —corroboró Sylia.

—Pero yo declararé mi inocencia... Drey interrumpió a Zenda.

—Te acondicionarán la mente y contestarás en sentido afirmativo cuando te interrogue el fiscal. ¿No es así, Sylia?

—Esos son nuestros planes, Adam —contestó la aludida.

—Pero, ¿por qué? —gritó Zenda—. ¿Por qué, ella, que es humana, se pone al lado de los robots?

—Sylia, explícaselo, ¿quieres? —dijo el joven.

—Es asunto, simplemente, de opinión. Yo pienso que el gobierno de los robots es el mejor. Por tanto, lucho y lucharé siempre a su favor.

—Aunque sea haciendo trampas —acusó Zenda.

—El fin importa, no los medios —respondió Sylia cínicamente.

—Claro, claro, y tu próximo ascenso y más adelante, un cargo de mayor rango todavía... —dijo Drey—. Entonces ya no luchas por los robots, sino por ti misma, pese a todas las alegaciones que has formulado.

Sylia se encogió de hombros.

—El resultado es el mismo —contestó.

Hizo una señal con la mano. Varios robots policías surgieron de las sombras. Sylia dio una orden.

—¡Llévenselos!

Zenda se ocultó la cabeza entre las manos. Drey apretó las mandíbulas.

Esta vez no tendría escapatoria, pensó. Eva Sharkan no podría ayudarle. Lo que estaba sucediendo era un asunto interno de la Tierra, que no ponía en peligro la estabilidad galáctica y en el que la representante del emperador no tenía ningún derecho a intervenir.

CAPÍTULO XI

Llevaba veinticuatro horas encerrado, sin haber visto todavía a nadie, cuando uno de los guardias abrió la puerta de su celda y le dijo que debía acudir a la sala de visitas.

—¿Quién ha venido a verme? —preguntó, extrañado.

—Un abogado —contestó el vigilante, impávido. Drey se sintió enormemente asombrado.

—Pero, ¿no es una máquina la que debe encargarse de mi defensa? —exclamó.

—El abogado puede aconsejarle, aunque no intervenir en su defensa.

—Ah... —Drey soltó una risita—. Se ve que no estoy habituado a tratar con el Código...

Salieron al corredor, ascendieron por una escalera y llegaron a una habitación, en la que había dos sillas y una mesa. Sentada ante la mesa había una mujer de mediana edad y cabellos grises, de aspecto benevolente, vestida con holgados ropajes de color azul oscuro.

—Soy la abogada Rhuiva Wilk —se presentó—. Siéntese, ingeniero. El joven se sentía lleno de asombro.

—¿Quién le ha dicho que viniera a defenderme, señora? —inquirió.

—Su pregunta es incorrecta. Yo no voy a defenderle; sólo le aconsejaré, para el momento en que se sitúe frente a la máquina que escuchará sus alegatos. La ley dice que el acusado puede ser asesorado por un experto en leyes. Yo lo soy.

—Está bien, señora —contestó Drey—. Supongo que conoce los cargos que se me imputan.

—Desde luego. Pero ahora quiero oír su versión.

Drey habló durante unos minutos. Cuando terminó, Rhuiva meditó brevemente y luego dijo:

—Hay constancia del fallecimiento del robot llamado Zenda Kanix.

—Sí, señora.

—En cambio, no hay testigos de que la auténtica Zenda haya sido secuestrada por un ministro del gobierno.

—Supongo que los que estén enterados del asunto negarán saber nada del mismo.

—Es lo mismo. Esta vez, los robots, pese a su «inteligencia», han cometido un monumental error.

—¿De veras?

Drey sonreía, escéptico. Rhuiva asintió.

—Se lo aseguro.

—Bien, explíquese...

—Usted es ingeniero y, por tanto, desconoce las leyes y sus peculiaridades. Yo voy a darle instrucciones para lo que debe hacer, llegado el momento. Y ahora, escúcheme con atención...

Rhuiva habló rápidamente. Drey se sintió estupefacto al conocer ciertos detalles de los cuales no tenía la menor idea.

—Es increíble. Jamás me hubiera supuesto… ¡Pero, si es un secreto, ¿cómo lo sabe usted, señora?

Rhuiva le miró fijamente. De pronto, Drey creyó hallar algo familiar en sus facciones.

—¡No, no puede ser! Tú…

—Silencio —cortó la abogada—. No lo eches todo a perder. Estás metido en un buen lio y si se destapa el pastel, me pondrías en un gravísimo compromiso. Y S.M.G. no podría levantar un dedo para ayudarme, ¿entiendes?

—Sí, aunque… —Drey se pasó una mano por la frente—. ¿Cómo han podido obrar de tal forma?

—Les interesa conservar el poder, Adam. Los medios no importan.

—Es cierto —convino él—. De modo que eso es todo lo que tengo que hacer.

—Justamente. Y ahora… La abogada elevó la voz:

—¡Guardia!

La puerta se abrió y un vigilante entró en la estancia.

—Ya he terminado —dijo ella—. Puede llevarse al preso.

—Bien, señora.

—Ah… —La abogada se inclinó y levantó un maletín—. Son sus ropas. Se las he traído, para que esté presentable en el momento del juicio. Aquí tiene, señor Drey.

El joven cogió la maleta. Miró un instante a la abogada. «El disfraz es perfecto», pensó, ocultando una sonrisa de satisfacción.

Cuando se halló en la soledad de su celda, abrió la maleta. Entre las ropas, encontró un cinturón de traslación instantánea y una nota:

«Póntelo de modo que no se te vea. En el peor de los casos, si te encuentras en una situación que no pue- des solucionar, presiona la hebilla. Ya están marcadas las coordenadas de mi residencia. Destruye esta nota y... ¡buena suerte!

»E. S.»

ropa.

Drey sonrió.
—Una mujer de una pieza —calificó a media voz, mientras empezaba a cambiarse de

Al día siguiente se presentó Sylia.
—Voy a llevarte ante la máquina de defensa —anunció.
—Perfectamente.
Minutos más tarde, se hallaban en una espaciosa sala, en la que se divisaba una

consola con un pequeño teclado y una pantalla. Sylia se acercó a la consola.

—Siéntate aquí, presiona la tecla de grabación y empieza a hablar. La máquina registrará tus argumentos, los grabará y luego los enviará a la máquina que informará al fiscal.

Cuando se haya cumplido este trámite, otro ordenador señalará la fecha del juicio.
¿Enterado?

Drey asintió.

—Enterado.

Después de sentarse frente a la máquina, apretó el botón. La pantalla se iluminó, con un rótulo:

DISPUESTA

PARA GRABACION Drey

empezó a hablar:

—En estos instantes, no quiero exponer los datos que puedan servir para mi defensa.

De acuerdo con los artículos 442 y 443 del vigente código, complementados con los adicionales 1031 y 1031 bis, tengo derecho a un juicio público, en el cual exponer mis alegatos de descargo, tras haber oído las acusaciones del fiscal. Asimismo exijo, de acuerdo con los artículos legales antes mencionados, que el juicio sea público y televisado a todo el planeta. Nada más.

Presionó la tecla de cierre y se volvió hacia Sylia. La joven estaba lívida.

—¿Dónde has aprendido tantas cosas? —aulló.

—¿He pedido algo ilegal? —sonrió Drey.

—Pero esto es... Esto es... —Sylia se ahogaba de furor—. ¡Pediré que me nombren tu fiscal! —vociferó.

—Estás en tu derecho.

Ella le miró fieramente durante unos segundos. Luego lanzó un grito:

—¡Vuelve a tu celda, maldito!

—Tienes miedo, ¿eh?

Ella le abofeteó repentinamente. Drey no se inmutó; no hizo el menor gesto hostil. Sylia había llevado la mano derecha a la culata de su pistola y sólo estaba aguardando la ocasión propicia para dispararle.

Meneó la cabeza pesarosamente:

—¿Cómo es posible que hayas cambiado de tal forma? ¿Acaso esperas llegar un día a ser presidente del gobierno terrestre?

—¡Fuera, fuera de aquí! —chilló Sylia descompuestamente-. Tus ardides no te servirán para nada... Te condenarán...

Drey señaló la máquina.

—El ordenador ha registrado mi petición y no puede ser manipulado. Tendré un juicio tal como lo prescribe un código que tú y tu ministro mecánico habéis olvidado por completo.

Giró sobre sus talones y echó a andar. Sentía la mirada de Sylia fija sobre su nuca. ¿Se atrevería a dispararle por la espalda?

En tal caso, ella encontraría el medio de justificarse. Pero Sylia no se atrevió a realizar un acto que hubiese representado para ella un gravísimo contratiempo.

*

*

*

—El fiscal ha expuesto los hechos y me ha acusado de haber producido intencionadamente el hundimiento del puente, en complicidad con mi primer ayudante, Zenda Kanix —dijo Drey más tarde, en la sala donde se celebraba el juicio, y en las

condiciones solicitadas—. Pero no ha sido capaz de presentar a mi ayudante, para que declare a mi favor o en contra...

—Está muerta —gritó Sylia.

—El fiscal deberá rectificar —contestó el joven sin inmutarse—. La que yo tenía por mi ayudante, resultó destruida, porque era un robot. La auténtica vive, porque es humana, y está encerrada ilegalmente en alguna parte, sin un mandato judicial y sin motivo alguno que justifique esa acción.

—¡No es cierto! El acusado miente. Trata de distraer la atención del tribunal para conseguir evadir una sentencia gravísima...

—El acusado ha formulado una declaración a la cual el fiscal no ha sabido presentar las contrapruebas pertinentes —dijo el juez—. El fiscal deberá contestar con algo que permita rebatir la declaración del acusado de un modo que no quede duda alguna para los espectadores del juicio.

Sylia se mordió los labios. Sentado en su puesto, Drey, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonreía maliciosamente.

A Sylia, un color se le iba y otro se le venía. Al fin, desvió la mirada y dijo:

—Señoría, la ayudante del acusado no fue encerrada, sino solamente aislada durante un tiempo, para curarse de una depresión que sufría. Ella misma nos pidió que fabricásemos un robot con su figura, a fin de, por orgullo humano, poder decir un día que había tenido una parte en la construcción del puente.

—¿Está curada Zenda Kanix? —preguntó Drey.

Sylia vaciló. El juez hizo un gesto con la mano.

—Conteste, fiscal.

—No, señor, no está curada.

Drey apretó los labios. Desde el momento de su arresto,

no había vuelto a ver a Zenda. ¿La habían sometido a acondicionamiento mental?

—Pero si su Señoría lo desea, mañana, en la siguiente sesión, haré que traigan a Zenda Kanix a declarar —agregó Sylia.

«Para mañana, ya se habrá concluido el acondicionamiento mental y Zenda no será más que un ser inerte, que contestará afirmativamente a todo cuanto le pregunten», pensó.

Se puso en pie.

—Señoría, renuncio al testimonio de Zenda —exclamó.

—Muy bien —accedió el juez—. Prosiga.

Drey hizo una inspiración. Eva estaba en primera fila, espectadora aparentemente neutral de un juicio que era seguido con gran apasionamiento por cientos de millones de personas. El hundimiento del primer tramo del puente había causado una enorme sensación y ahora se estaba juzgando al acusado de la catástrofe.

—Muy bien —dijo—. En primer lugar, debo decir que su Señoría no puede juzgarme, porque es una máquina y no un ser humano.

A pesar de que era un robot, el juez no pudo contener un respingo.

—¡Es la ley! —tronó—. Aquí, en este tribunal, se juzga o mismo a humanos y a robots…

—Su Señoría puede decir todo lo que quiera. Pero con el debido respeto, yo le niego derecho alguna para juzgarme.

Sobrevino un momento de silencio.

Los espectadores humanos tenían la boca abierta. Sylia se puso un dedo en la sien y «barrenó» para indicar que el acusado estaba loco. Sabía que su gesto iba a ser captado por las cámaras que transmitían el juicio.

—Bien, bien —dijo el juez pacientemente—. Sin duda, el acusado tendrá argumentos convincentes que puedan demostrar mi incapacidad legal para presidir este tribunal, juzgar sus acciones y castigarlas, si se demuestra que son merecedoras de alguna pena.

—En efecto, Señoría. Y para ello, me remito al artículo cuarto del Tratado de la Tierra con el Imperio, que dice textualmente: «Ningún humano podrá ser juzgado por un robot. Cualquier sentencia dictada por un robot contra un humano, carecerá de validez alguna. Los humanos serán juzgados por los humanos.»

Drey hizo otra pausa para aumentar la tensión del ambiente.

—Este es un artículo que el gobierno robótico del planeta ha mantenido en secreto desde la firma del tratado. A la opinión pública se le hizo saber la firma de un tratado para la incorporación de la Tierra al Imperio, pero jamás se divulgaron con toda minuciosidad los detalles de dicho tratado. Ciertamente, el Imperio no puede intervenir en asuntos internos del planeta, pero sí exigir que el tratado se cumpla en todos sus términos... y eso es lo que yo solicito, acogiéndome a la protección de Su Galáctica Majestad, Aridon XXII.

En la sala se produjo de repente un gran escándalo. Los humanos chillaban y vitoreaban entusiasmados. El juez, con el mazo, intentó acallar el griterío, pero todo resultó inútil durante unos momentos.

—¡Abajo los robots! —era el grito general.

—¡Humanos, al poder!

—Máquinas, a la chatarra...

Al fin, se restableció el orden. Drey miró a Sylia. Estaba

terriblemente pálida, pero
había en sus ojos una llama d odio infinito.

El juez dijo:

—Aseguro al acusado que ignoraba los términos puntuales del tratado que ha mencionado. Por tanto, suspendo el juicio hasta que se modifique la ley y el acusado pueda ser juzgado por humanos.

—Se me encerró por robots. Pido la libertad provisional

hasta un nuevo juicio
—manifestó Drey.

—Concedida —accedió el juez.

—Pero eso no es aún todo —añadió Drey—. Quiero declararlo públicamente, ahora que me están oyendo millones de seres humanos. En el Imperio hay multitud de razas, diversidad de seres con figuras muy distintas a las de los terrestres, aunque con una característica común: todas las raza son inteligentes y tienen un origen natural, es decir, no están compuestas por seres hechos en una fábrica. El Imperio firmó el tratado con el gobierno terrestre, porque entonces no tenía otros interlocutores válidos, a reserva de que ese gobierno dimitiese en un plazo prudencial y entregase las riendas del poder a los humanos que pueblan la Tierra. De ello hace ya treinta y cinco años y los robots siguen todavía en el poder y aún no han dado un solo paso para su sustitución por personas.

—Es otro dato que también ignoraba —dijo el juez mecánico—. Y, a decir verdad, debieron de construirme con cierto sentido del humor, porque nunca me gustó juzgar, y menos condenar, a seres que, a fin de cuentas, nos empezaron a construir hace trece o

catorce siglos. En este momento, y después de decretar la libertad del acusado, presento mi dimisión.

El juez se levantó, en medio de un clamoreo espantoso. Y juntó sus manos sobre su cabeza.

—¡Vivan los humanos! —gritó.

Drey volvió la vista hacia Sylia. La policía tenía los ojos clavados en Eva.

El joven se asustó. En la expresión de Sylia había algo inhumano, un fuego de maldad demoníaca que parecía crecer por segundos.

De repente, Sylia dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Nadie lo advirtió, a causa del tumulto que se había producido tras las últimas palabras del juez.

Drey sí lo vio y sintió un temor invencible. Abriéndose paso entre la multitud de curiosos que le felicitaban estruendosamente, llegó hasta Eva, que le sonreía satisfecha.

—Me alegro de lo sucedido, Adam —dijo la joven.

—Eva, deseo trasladarme inmediatamente al lugar donde está Zenda —manifestó él. Eva se puso seria. Asintió.

—Creo que comprendo —respondió.

CAPÍTULO XII

La puerta de la celda se abrió. Sylia irrumpió con una pistola en la mano.

—Hola —sonrió Drey.

Sylia se quedó estupefacta.

—¿Dónde está?

—¿Quién? ¿Zenda? Se ha marchado...

—¡Eso es imposible! ¡El vigilante no ha visto salir a nadie!

—Es que no ha usado la puerta, Sylia.

La joven abrió la boca, estupefacta. Dudó un momento, pero luego se precipitó hacia el baño contiguo, separado de la celda propiamente dicha. Salió y pareció sentirse completamente desconcertada.

—¿Cuál es el truco? —preguntó.

—Lo siento, no esperes que te lo diga —repuso Drey.

No podía decirle que le había prestado su cinturón de traslación instantánea a Zenda, después de haberse personado en la celda, enviándola a la seguridad de la residencia de Eva.

La mano de Sylia se elevó lentamente. Drey se preparó para contraatacar. Sylia estaba ciega por el derrumbamiento de sus ilusiones. Era capaz de cualquier cosa.

De repente, se oyeron pasos precipitados. Alguien entró en la celda.

—¡Quieta, Sylia!

Ella se revolvió furiosamente.

—Déjame. Rigoph...

—No seas estúpida —dijo el robot—. Tenemos algo mejor que hacer.

—Pero este bastardo debe morir...

—Por ahora, nos es más útil vivo. Aunque lo tendremos encerrado, por supuesto. Ven conmigo.

Sylia vaciló.

—Ve con él —sonrió Drey—. Es un robot y tú una

persona, pero, aun así, continúa dándote órdenes.

—¡Calla,
calla...! —
gritó ella,
exasperada.
Rigoph tiró
de su brazo
con
violencia.

—¡Déjalo, estúpida! —barbotó—. Todavía no se ha perdido todo. Aún nos queda una baza para evitar la derrota y vamos a jugarla inmediatamente.

Rigoph y la joven abandonaron la celda, cuya puerta se cerró con violencia. Al quedarse solo. Drey se preguntó cuál podría ser la jugada de aquella extraña pareja, compuesta por un humano y un robot, pretendían jugar para conseguir i victoria.

No tuvo mucho tiempo para meditar. Eva se materializó inesperadamente, llevando en las manos otro cinturón de traslación instantánea.

—Es hora de que vuelvas a
casa, Adam —dijo
dulcemente. El joven sonrió.

—Llegas como agua de mayo —contestó—. Pero, ¿a qué
casa me llevas?

—Adivínalo —respondió ella.

*

*

*

Cuando se corporeizaron en la residencia de Eva, un secretario transmitió a la joven la noticia de que el presidente el gobierno de la Tierra deseaba hablar con ella sobre un asunto de suma urgencia.

Drey se olió instantáneamente la trampa.

—No vayas. Que venga él a verte, en todo caso —

aconsejó.

—El jefe de gobierno dice que, en todo caso, sería suficiente la entrevista por televisión, señora —informó secretario.

—Muy bien —accedió Eva—. Póngame en contacto

Drey apoyó una mano en su brazo.

—Utiliza la U.T.V. —dijo—. En el videófono del presidente puede haber alguien en las inmediaciones y tú no verías con una pantalla ordinaria.

—No es mala idea, Adam.

Descendieron al sótano. Momentos después, el rostro mecánico de un robot aparecía en la pantalla.

—Señora, deseo ser recibido por usted, a fin de discutir los términos de un nuevo tratado entre el Imperio y la Tierra —dijo el robot que era jefe de gobierno.

—Lo siento. Eso escapa a mis atribuciones —respondí Eva—. Todo lo que puedo hacer es recibir sus propuestas y transmitirlas al gabinete de Su Galáctica Majestad. La entrevista personal, por tanto, queda excluida.

Mientras hablaba, Eva hizo un barrido completo de la

estancia en que se hallaba el

presidente de la Tierra. No había nadie junto a él.

—Reuniré a mi gobierno y discutiremos la cuestión —

dijo el robot.

—Será un placer transmitir al emperador
su propuesta —aseguró Eva. Y apagó la
pantalla.

—No había nadie, tipo desconfiado —añadió, con los ojos
fijos en Adam.

—A pesar de todo, insisto en la trampa. Se lo oí decir Rigoph cuando salía de la celda con Sylia —dijo el joven

—No sé en qué puede consistir esa trampa, pero, en todo caso, estaremos preparados. Anda, vamos arriba y tomaremos una copa para celebrar el buen final de tu juicio

—Buen final, ¿eh? —dijo él, receloso—. Todavía
no había terminado... Caminaron unos cuantos
pasos. De pronto, Eva empezó a caer hacia
adelante.

Drey alargó una mano para sostenerla, pero se sintió
invadido por un sueño
invencible, que anulaba sus facultades con enorme rapidez. Antes de que sus rodillas tocasen el suelo, estaba ya dormido como un tronco.

Despertó en una habitación que le resultaba desconocida, lujosamente decorada y en la que había un enorme lecho. La estancia olía intensamente a alcohol. Se notó la boca seca y sintió náuseas.

Había también una mesa, con varias botellas a medio consumir, copas volcadas y bandejas con comida. El desorden era absoluto.

Drey se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. Sacudió la cabeza, fue a levantarse y entonces vio a Eva, a su lado, aún dormida y también sin una sola prenda de ropa sobre su bello cuerpo.

—Pero, ¿qué diablos ha pasado aquí? —gruñó.

Tambaleándose, se puso en pie y buscó el baño, del que regresó a poco con un vaso lleno de agua. La frialdad del líquido hizo volver en sí a la joven, quien no mostró menor extrañeza que Drey por hallarse en aquella situación.

—Adam, ¿dónde estamos? ¿Qué nos ha pasado? —preguntó, sentada en la cama y con la sábana sujeta contra su pecho.

Antes de que Drey pudiera contestar, se abrió la puerta. Dos personas irrumpieron en la estancia.

—¿Cómo se encuentran? —saludó Rigoph.

—Ha sido una velada maravillosa —dijo Sylia.

Drey se había puesto ya los pantalones y les miró con desconfianza.

—¿Puedo saber dónde estamos y qué ha sucedido? —preguntó.

—Desde luego —accedió Rigoph—. Se encuentran en una residencia privada, que su excelencia, la delegada imperial, tiene para sus momentos de esparcimientos con algún nativo joven y bien parecido.

—Eh, oiga... yo no he hecho nada con este hombre —protestó Eva.

Sylia sonreía de un modo que a Drey le dio miedo.

Rigoph hizo un ademán.

—Continúe, mayor Mahez —indicó.

—Inundamos la residencia imperial con un gas narcótico, invisible e inodoro y que luego no deja rastros en las personas —explicó Sylia—. La duración del sueño es variable, según la condición física de cada cual, pero, en todo caso, no baja de una hora, aunque después se puede prorrogar la dosis.

—Y entonces, nos trajeron aquí —adivinó Drey.

—El gas tiene, además, otras propiedades, entre las

cuales figura la de someter la mente de la persona afectada a la voluntad de otra cualquiera —prosiguió Sylia—, La persona afectada por el gas, hará cuanto le ordenen, sin que pueda resistirse en absoluto, sean cuales fueren las órdenes que reciba.

—Entonces, nosotros... —dijo Eva temerosamente.

—Vinieron aquí como dos amantes locos de pasión y durante horas se han entregado a los más abyectos extravíos. Todos y cada uno de sus movimientos han sido registrados en una grabación, que será enviada al emperador... después de que se haya proyectado en las pantallas de toda la Tierra.

Eva estaba roja de vergüenza.

—¿Es posible que yo me haya portado como una ramera?

Drey puso una mano en su hombro.

—No eras tú. Nada de lo que hayas podido hacer debe avergonzarte —dijo, con ojos que despedían llamas—. Eres una mujer vil y rastrera, ruin y despreciable, Sylia —apostrofó a la policía—. Todo lo haces por ambición de poder...

—Y porque un día, Rigoph dejará de ser un robot y será convertido en un hombre auténtico y él y yo alcanzaremos los puestos máximos en el gobierno de la Tierra —contestó Sylia orgullosamente.

—Suponiendo que el gobierno de la Tierra no sea derrocado...

—No lo será, Adam, tú estás en libertad provisional, lo cual significa que puede celebrarse otro juicio. Cuando llegue el momento, te declararás culpable del delito de que se te acusaba y dirás, además, que todo lo que dijiste sobre el tratado con el Imperio era una falsedad. Puedes tener la seguridad de que, aunque te impongan una pena grave, te pondremos en libertad discretamente al día siguiente, sin publicidad alguna. Siempre que ella cumpla nuestras condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Eva.

—Informal al emperador de que el tratado actual es conveniente y que no debe ser modificado.

—¿Y si no lo hago así?

—Le enviaremos la grabación, después de ser proyectada en las pantallas de la Tierra, naturalmente. AI emperador no le hará gracia que una pariente suya se divierta en sus ratos libres con orgías. S.G.M. no puede permitir que el buen nombre de la familia se vea afectado por la conducta liviana de uno de sus miembros que, además, desempeña un elevado cargo.

Eva se volvió hacia el joven. Drey asintió.

—Haz lo que te piden —dijo él—. Nos tienen en sus manos. Por mí, poco me importa, pero no puedo permitir que tu reputación sufra ningún daño. No hay prisa —añadió, mirando a Rigoph—; tarde o temprano, el gobierno de los robots será derrocado. Es cierto que les debemos mucho, pero ello no significa que los humanos no debamos asumir también nuestra parte de responsabilidad.

—Los humanos causaron la destrucción de la Tierra —contestó Rigoph despectivamente—. En cambio, los robots la transformamos...

—¡Basta ya! —cortó Eva—. ¿Cuáles son las garantías de que cumplirán su promesa, si yo hago lo que dicen?

—Le entregaremos la grabación. Adam acudirá al juicio cuando se le convoque —respondió Sylia.

—De acuerdo —cedió el joven.

Repentinamente, se oyó un agudo grito, a la vez que se abría la puerta de la estancia.

—¡No cedan! —exclamó Zenda, a la vez que enseñaba algo con la mano en alto—. Yo tengo la grabación y esa pareja de canallas no podrán salirse con la suya.

—¡Zenda! —gritó Drey.

Sylia lanzó un terrible grito de furor. Rigoph sacó su pistola.

Drey saltó hacia adelante y golpeó con todas sus fuerzas la mano armada del robot en el momento en que el metálico dedo Índice de Rigoph presionaba el disparador. La descarga alcanzó de lleno a Sylia, que se convirtió en pocos instantes en una nube de humo.

Rigoph quiso disparar de nuevo. Drey le propinó un terrible empellón con ambas manos. El robot cayó con gran violencia. Su pierna derecha se alzó espasmódicamente un segundo, para caer casi en el acto. Luego, unos chorritos de humo indicaron su fin.

Drey meneó la cabeza.

—No se han salido con la suya, pero estuvieron a punto —dijo—. Zenda, ¿cómo has podido llegar tan oportunamente?

—Cuando nos despertamos en la residencia de Eva, vimos que faltaban los dos. La ausencia resultaba inexplicable y el primer secretario de embajada no sabía qué hacer.

Entonces yo le aconsejé utilizar la U.T.V. y eso nos permitió localizar a Rigoph y a Sylia. Y cuando oí lo que esos dos miserables les habían hecho, decidí venir aquí…

—Con un cinturón de traslación instantánea —sonrió Eva.

—Tenía que hacerlo o no llegaría a tiempo. La búsqueda nos llevó horas, aunque, por otra parte, nos permitió también localizar una cámara… muy indiscreta.

Drey sonrió, a la vez que se apoderaba del cartucho con la cinta grabada.

—La borraremos —dijo—. Gracias, Zenda. La joven sonrió.

—Era lo menos que podía hacer —contestó—. Y ahora, dispénsenme los dos, pero el primer secretario me espera impaciente… Parece que congeniamos y… ¿quién sabe?

Zenda se marchó. Drey y Eva quedaron a solas.

—Hay algo que siempre me ha extrañado —dijo ella, muy pensativa—. Estuviste con la falsa Zenda más de dos meses y, en todo ese tiempo, no supiste darte cuenta de que era un robot. Los robots, que yo sepa, no comen ni beben y en alguna ocasión tuviste que verla tomar algo sólido o líquido. ¿O es que siempre se encerraba en su habitación a las horas de las comidas?

—No. Comía y bebía, pero luego, mediante un desagüe especial, los alimentos iban de la bolsa que era su estómago artificial a la cloaca. De cuando en cuando, tenía que ir al baño, claro.

—Ah, comprendo… Bien, Adam, no sé qué habremos hecho durante estas horas…

—No recuerdas nada ni yo tampoco, por lo que no debemos sentirnos avergonzados. Zenda es una chica discreta y callará, lo mismo que su pretendiente.

—Eso espero —suspiró la joven—. Bien, ¿qué hay de tus ambiciones políticas?

—El gobierno de los robots tiene que ser sustituido —respondió él, inflexible—. No vamos a quitarlos ahora mismo, pero si deben empezar a tener en cuenta la idea de que somos los humanos los que debemos gobernar el planeta.

—Según lo dice la Biblia.

—La Tierra es para los humanos, con todas las cosas que contiene, animadas o no —dijo Drey solemnemente—. Los robots, por muy perfectos que sean, no son humanos. Se han construido a sí mismos. Nosotros nacemos de la unión entre un hombre y una mujer, según una ley natural, instituida en el principio de los tiempos.

—¿Será como dices, Adam?

—Espero que sepamos evitar los errores del pasado —contestó él.

—Debes luchar para conseguirlo —exclamó Eva.

—Pero también debo pensar en mi porvenir.

—¿Qué planes tienes, Adam?

—¿Hay alguna ley en el Imperio, que impida el matrimonio entre una persona de sangre real y un plebeyo?

—No, aunque resulta prudente pedir permiso al emperador.

Drey la agarró por el brazo, a la vez que la empujaba hacia la salida.

—Entonces, ahora mismo volveremos a tu residencia y pedirás permiso a S.G.M. para casarte conmigo —dijo resueltamente.

Ella asintió sonriendo. Pero, de pronto, se detuvo y le miró.

—Oye, nuestros nombres son los mismos que los de la primera pareja que hubo sobre la Tierra —exclamó.

—Cierto, pero no estamos solos, como ellos. Y, aunque la Tierra no es precisamente el Paraíso Terrenal, tampoco nos expulsarán de ella unos ángeles con espadas de fuego.

—Por lo menos —vaticinó Eva—, este planeta será nuestro paraíso mientras vivamos.

—Amén —contestó Drey solemnemente.

FIN